

2022-05-01

La tumba vacía

Yoshimar Gerardo Maceda
The University of Texas at El Paso

Follow this and additional works at: https://scholarworks.utep.edu/open_etd



Part of the [Creative Writing Commons](#)

Recommended Citation

Gerardo Maceda, Yoshimar, "La tumba vacía" (2022). *Open Access Theses & Dissertations*. 3494.
https://scholarworks.utep.edu/open_etd/3494

This is brought to you for free and open access by ScholarWorks@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of ScholarWorks@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

LA TUMBA VACÍA

YOSHIMAR GERARDO MACEDA

Master's Program in Creative Writing

APPROVED:

José de Piérola, Ph.D.

Daniel Chacón

Willivaldo Delgadillo, Ph.D.

Stephen L. Crites Jr., Ph.D.
Dean of the Graduate School

Copyright ©

by

Yoshimar Gerardo Maceda

2022

Dedication

Para la gente de La Cuadrilla.

En memoria de mis abuelos:

Eufemio Maceda

y Ángela Guerrero

LA TUMBA VACÍA

by

YOSHIMAR GERARDO MACEDA, B.A. History

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2022

Table of Contents

| | |
|-----------------------------|-----|
| Dedication..... | iii |
| Table of contents..... | v |
| Prefacio..... | 1 |
| Luis Guerrero..... | 15 |
| La tumba vacía..... | 32 |
| Reyna Cervantes..... | 46 |
| La Cuadrilla..... | 61 |
| La Muerte de Moctezuma..... | 80 |
| El hombre de cera..... | 100 |
| Los hermanos Martínez..... | 115 |
| Obras citadas..... | 132 |
| Vita | 133 |

Prefacio

El presente proyecto consta de una serie de cuentos cuya narración principal son los crímenes cometidos en torno a una serie de eventos que ocurren en un lugar llamado La Cuadrilla.

Cuando tuve la idea de comenzar a escribir estas historias, quería que cada personaje tuviera su momento narrativo por separado, aunque estuvieran ligados al mismo lugar. Relatos sin protagonistas, donde el asunto de los crímenes y las venganzas fuera el primer tema a explorar.

Sin embargo, a medida que la idea se fue desarrollando en el manuscrito, las piezas comenzaron a tomar otra forma y me di cuenta de que el eje de los textos era la historia del lugar: La Cuadrilla.

Para narrar La Cuadrilla había que recurrir de primera opción a la historia oral. En ese sentido, todas las piezas son un recuerdo de mi infancia. Es decir, son las historias que me fueron contadas por familiares y amigos que han vivido en la zona.

Naturalmente, el tiempo ha convertido aquellos primeros recuerdos de la historia oral en algo más fantástico y que, aquí, se ve tocado por la ficción. No obstante, a medida que comenzaba a escribir, también hice algunas entrevistas para que los detalles de la historia fueran fieles a la narración. De modo que la ficción se ocupara de llenar las lagunas narrativas que ni la historia oral (entrevistas) ni los recuerdos podían resolver.

Cada evento interno en la narración, así como cada cuento, funciona como un eslabón que une los núcleos narrativos —a decir de Genette— y son producto de un orden estructural pensado para un proyecto más extenso. Dicho de otra forma, esta es la primera parte de una serie de cuentos que darán forma y origen a una o dos novelas planteadas en diferentes épocas y generaciones.

La Cuadrilla dejó de existir hace mucho tiempo, al menos ya no se le conoce con el mismo nombre. Lo fascinante de escribir la historia de este lugar no es solo el asunto de la violencia que se desencadenó tras un hecho en particular, sino el motivo que movió a los personajes a cometer tales actos y, sobre todo, la forma y la idea de morir que los lugareños tenían.

Esta *condición humana* respecto a un lugar cuya cosmovisión se construye desde sus creencias, costumbres, política, lenguaje, y en particular, por los rituales de invocación a la muerte y a la vida. Esto último también considerado en términos universales como “brujería”. Y al usar este término eurocentrista doy cabida al sincretismo religioso y cultural que la Conquista dejó en los pueblos originarios de México.

Pero, incluso el término brujería fue usado por la gente de La Cuadrilla para juzgar y señalar a sus vecinos de Santa Marta, lugar que se establece como puente entre La Cuadrilla y San Pedro, que es el núcleo entorno al que se va construyendo La Cuadrilla.

Estas gentes que hacían sus rituales de invocación mediante sacrificios de animales en las cuevas de los peñascos donde, además, se creía que eran poseídos por un don fantástico en el que se convertían en animales y podían usar esta metamorfosis a su favor para matar a sus enemigos o simplemente para cazar. Naguales, los han llamado en otras historias. Nagual o Nahualli, que en la lengua náhuatl significa “La piel que habito.”

Habiendo situado esta idea de metamorfosis del cuerpo creo que la condición humana cambia totalmente en estos personajes (aunque son escasos los eventos en los que aparecen en esta primera parte); su modo de pensar y de actuar está ligado a los impulsos de los animales que poseen cuando se transforman, efecto que atemoriza a

sus vecinos y obliga a sus enemigos a verlos como personas que tienen un pacto con el diablo.

Mi intención es que este proyecto funcione como un antecedente para lo que podría convertirse en una novela que abarca los últimos cincuenta años en La Cuadrilla. Por esa razón, debe entenderse que lo narrado en esta primera parte ocurre antes de los años setenta, cuando La Cuadrilla todavía era un lugar con menos de cien habitantes y los únicos pueblos bien consolidados, a pesar de la diferencia de lenguas y creencias, eran San Pedro y Santa Marta.

Sobre La Cuadrilla:

Las primeras familias que llegaron a las tierras de San Pedro eran pastores y eligieron ese lugar por su basta fauna y su clima tropical húmedo. El terreno era ideal para la crianza de cabras y ganado vacuno. También lo era para la agricultura, ya que había dos ríos que desembocaban en una planicie y juntos formaban un gran cause que, años más tarde, sirvió para implementar el primer sistema de riego en La Cuadrilla.

San Pedro (cuyo nombre real se omite) sigue siendo hasta la actualidad dueño de las tierras de La Cuadrilla. En los años treinta se les permitió a los pastores vivir ahí con la condición de pagar a la comisaría de San Pedro una cuota anual que consistía en dinero y ganado. Por supuesto, ahora todo ha cambiado.

Sobre San Pedro y Santa Marta, que son los lugares donde los personajes de La Cuadrilla interactúan: San Pedro está al norte, y su territorio, hasta la fecha, abarca otros pueblos que se fueron fundando con el paso de los años, actualmente denominados anexos. En toda su región se habla el mixteco y con el tiempo surgió un bilingüismo con el español. Esto debido a que los pastores de la Cuadrilla tenían como

lengua principal el español y solo algunos, los más ancianos, habían heredado el náhuatl de sus antepasados.

Santa Marta está al sur, y allí se hablaba el amuzgo o ñoomdá, otra de las lenguas y culturas que todavía prevalecen en el sur de México. En Santa Marta es donde ocurren los rituales de invocación: *nahuallis*. Esto es lo que se ha contado siempre desde que las primeras familias llegaron a La Cuadrilla.

Sobre los pastores: las primeras familias eran cinco, pero no venían del mismo lugar, sino que se fueron encontrando en el camino. Se sabe que venían del centro y del oeste de México. Y con el paso de la Revolución, algunos adinerados dejaron que sus pastores huyeran llevándose el ganado; mayormente cabras, que son más fáciles de arrear y alimentar. Otros venían del este y después de varios años coincidieron en las tierras indígenas del sur, donde todavía no se construían carreteras y todo eran caminos por donde solo había huellas de huaraches y caballos. Eso no significaba que la Revolución no les hubiera afectado, sino más bien que era una región donde el gobierno central no había explotado los recursos naturales: agua y madera. Todo esto cambió después de los años setenta, cuando el gobierno federal entregó concesiones a empresas privadas que se dedicaron a explotar la madera perjudicando directamente a los pueblos indígenas de la región.

De la idea a la forma que está tomando este proyecto: quise empezar por contar los eventos ocurridos en los últimos años en la Cuadrilla, sin embargo, debido a que algunos eventos todavía afectan a los personajes involucrados y por asuntos de estructura narrativa, decidí comenzar por los antecedentes.

Los últimos años, que son el motivo real de escribir esta historia, que abarcan desde mi infancia hasta que mi familia se vio envuelta en asuntos particularmente relacionados con conflictos agrarios, pleitos de herencias y otras ambiciones que reflejan esta condición humana; *hominis lupus hominis*. Entonces fuimos desterrados,

quedando para siempre en la memoria colectiva del lugar como una familia que fue próspera y unida. Esto gracias al primer hombre entre nosotros que ayudó a fundar y edificar La Cuadrilla, hasta la tercera generación, cuando fallecieron los más ancianos (abuelos).

Por ello opté por iniciar *in medias res* haciendo saltos temporales hacia el pasado como una forma de entender la decadencia de esta historia que aquí corresponde a La Cuadrilla y su gente, y que luego se vinculará al relato familiar de aquellos que fueron prósperos y terminaron corrompiéndose y destruyéndose por dentro a causa de una maldición enviada por los *nahuallis* de Santa Marta. Esta segunda línea argumental ya se va gestando en la narración de esta primera parte.

Cómo dialogan la historia y la ficción:

Para poder escribir estas historias no basta con escuchar y atender los detalles que se me han transferido desde mi infancia. Detalles que la naturaleza de la imaginación ha ido manipulando a medida que las escribo. Si bien al principio tenía la impresión de que podía contar las cosas tal y como fueron sucediendo no solo cronológicamente, sino fiel al recuerdo, concluí que eso sería contar solo una versión de la historia. Además, mi instinto de historiador me hizo pensar que es mejor conocer las otras versiones y luego encontrar un punto desde el cual pueda narrarse con la finalidad de entender mejor el conflicto que plantea la narración en el lugar. Por esta razón decidí experimentar con distintos narradores, desde la tercera persona hasta el narrador testigo y narrador-personaje o primera persona.

Con respecto a las entrevistas con familiares y amigos, debo acotar que no todos estuvieron dispuestos a contar la verdad, aunque ya han pasado muchos años. Para muchos, incluyendo al autor, los últimos eventos sucedidos en la Cuadrilla astillan la memoria familiar. Para otros, fue una oportunidad de recordar momentos que

marcaron el lugar, como el que se relata en el cuento “La muerte de Moctezuma” cuando el ejército llegó a La Cuadrilla por primera vez y secuestraron el lugar. O, para recordar cómo era la primera iglesia y dónde estaba la primera majada de cabras y de quién era.

Donde terminan los detalles comienza la imaginación; y aquí es donde la ficción entrama y da fuerza a los hechos. Sobre todo, cuando no puedo acceder a más información porque los primeros en fundar el lugar ya no viven. Pero sí existe una memoria colectiva que se ha alimentado de los hechos más memorables, trágicos o históricos, y que se ha heredado a través de las generaciones mediante el relato oral, canciones, fotografías, y quizá, para ser precisos en cuanto al tiempo histórico, archivos de defunciones y registros de conflictos agrarios que quedaron documentados.

Uno de estos registros que me ha ayudado a reconstruir esta historia es la música, particularmente el corrido tradicional escrito en octosílabos y acompañado solo de la guitarra. No obstante, estas piezas musicales no tratan del lugar ni de los personajes, sino que marcan la época en que se está escribiendo. Por otra parte, la forma de contar del corrido, debido a su brevedad, se enfoca solo en presentar el conflicto y explicar los motivos para luego darle una salida que no siempre significa un desenlace. Esta estructura llamó mi atención a la hora de narrar y decidí que podía crear transiciones en esos espacios que quedaban en la narración de la música. Entonces la pieza musical se vuelve una escaleta narrativa que sirve de guía a la historia. Por supuesto que hay toda una reescritura para entramar los eventos y darle peso al conflicto.

Aquí es importante decir que hay un solo corrido que sí se retoma para reconstruir una de las historias que se entrama con las otras piezas y que aparece en el principio del proyecto, pero ocurre en otro tiempo y lugar, y solo el personaje conocido

como Guaño es quien interactúa —en el pasado— con la gente de la Cuadrilla. Podría decir que el último cuento, “Los hermanos Martínez”, es una transición hacia el futuro (tiempo y lugar) de Guaño, pero solo porque el personaje es importante para la historia de La Cuadrilla en el cuento “La muerte de Moctezuma”. En cambio, las otras piezas tratan solo de la Cuadrilla y su gente.

Era importante enlazar estos dos espacios y tiempos: la Cuadrilla y Xochitlán (el pasado y el futuro del personaje Guaño) en los cuentos “Los hermanos Martínez” y “La muerte de Moctezuma” porque, en la novela, que es la intención final para contar los últimos años en la Cuadrilla, estos dos tiempos y espacios están estrechamente unidos por sus personajes.

Los personajes que figuran en estos cuentos están inspirados en la gente de La Cuadrilla. Debo señalar, no obstante, que sus acciones y los motivos que tuvieron para llegar a los hechos están cobijados por la ficción. Asimismo, usé las referencias sobre los rituales de invocación a la muerte, que los *nahuallis* de Santa Marta practicaban, para “justificar” muchos de sus actos inmorales a través de la fuerte influencia de la cosmovisión del lugar.

El lugar se ha mantenido fiel al recuerdo de los lugareños y su transformación sólo se debe al paso del tiempo. En cuanto a los eventos, se cree que los ritos de brujería de la gente de Santa Marta tienen que ver con las tragedias de la gente de la Cuadrilla. De alguna manera esta es la trama que busco entablar en la narración desde diferentes ángulos: San Pedro, Santa Marta y la Cuadrilla.

Notará el lector el uso de un lenguaje coloquial, incluso cuando hay un narrador omnisciente. Con todo, los narradores cambian en cada cuento. En “La tumba vacía” estamos en el lugar y en los hechos desde la perspectiva de un personaje que narra a través del recuerdo de su infancia. Lo mismo ocurre en el cuento “El hombre de cera”. En cambio, en el último cuento “Los hermanos Martínez”, el narrador es como un

cronista que va dando testimonio de los hechos que ocurrieron entre el pasado y el presente, siguiendo un registro de rumores y opiniones de los personajes involucrados en la historia. De ese modo, el narrador es también un agente para contar la historia, pero no es parte del momento. Un recurso parecido a lo que hace García Márquez en *Crónicas de una muerte anunciada*.

Quería experimentar con las voces infantiles, es decir, contar desde la infancia los hechos que los adultos relatan con el juicio y la prudencia que los caracteriza. Como el rito de invocación a la muerte que ocurre en “La tumba vacía” que, a ojos de un niño el lugar adquiere un *encanto* que transforma la noción de realidad. Mientras que en “El hombre de cera”, el narrador, que también es un niño, va dando constancia de los conflictos de los adultos, sin que por esto la historia se separe de las otras. Es decir, que incluso cuando es un narrador-niño, las historias de los cuentos siguen entramándose a través del espacio-tiempo y los eventos.

En términos de estructura, cada pieza es un eslabón de la otra, pero no interfieren en la cronología interna. De modo que los textos pueden leerse por separado. A esto también obedece la forma de estructurar los capítulos, mayormente breves, pero con el salto temporal que los justifica. Quizá por eso los cuentos adquieren una atmósfera de novela, no solo por la longitud y la fragmentación de los capítulos, sino por la causalidad que se va tejiendo en cada segmento narrativo, así como en cada pieza.

La idea de segmentar cada pieza en capítulos breves viene de mi lectura respecto a una de las obras de Alessandro Baricco, *Seda*, donde el autor explora la brevedad y la atmósfera desde la templanza de un narrador omnisciente. Y, en cambio, las historias que aquí se cuentan, no podrían ser narradas desde esa templanza porque el lenguaje de la historia no permite los mismos efectos. Sin embargo, me parece que los espacios y los tiempos entre un capítulo y otro sirven para que el lector tenga estos

descansos narrativos en cuando al conflicto de la historia. Y, en vez de seguir una transición lógica de la estructura de la historia, hay una alteración cronológica de los eventos.

En cada cuento la narración ha exigido su propia extensión, por ejemplo, en “La muerte de Moctezuma” yo tenía en mente una pieza de diez a quince páginas, y se convirtió en un cuento novelesco que rebasa las cuarenta páginas. Particularmente, en esta pieza se combinaron dos ideas que tenía pensado escribir por separado. Por un lado, la historia de Guaño, un maestro que llega a La Cuadrilla y a través de quien conoceremos el lugar y, por otro lado, el asesinato de un campesino en la cancha del pueblo y los problemas que esto desencadena.

Emplear los diálogos como intercambio de información sin exponer la trama fue difícil al principio. Escribí borradores con conversaciones artificiales debido a que no alcanzaba a imaginar las voces de estos personajes, luego opté por narrar lo que estaban haciendo. Después escribí un perfil de los personajes, imaginé sus voces, cierta característica que los hiciera distintos. Reconstruir la naturaleza de estas conversaciones no ha sido fácil, y para no arriesgar la verosimilitud decidí escribir párrafos informativos y solo insertar diálogos cuando la narración lo exige.

Aunque los personajes ya están contruidos en el imaginario y el recuerdo del autor, no ha sido igual insertarlos en la narración. Los he dotado de un carácter de acuerdo con el oficio que tenían, y en cambio, a la hora de focalizarlos, más que rasgos físicos, tienen comportamientos que los marcan.

El personaje y el lugar:

Los dos elementos están dotados de cierto encanto. Hay personajes que ven y nombran situaciones que transforman la noción de realidad y lugares que hacen posible esta ilusión. A veces, el protagonismo lo adquiere el lugar, por ejemplo, en el cuento “La tumba vacía” el lugar donde se tensa la narración es Barranca Oscura,

mismo que se fortalece en el cuento “Reyna Cervantes”, mientras que, en “La muerte de Moctezuma” y “El hombre de cera” se sigue haciendo referencia al hecho de que hay *algo* (nahualis) que acecha a los personajes.

Ninguno de los personajes tiene un papel como protagonista absoluto, la trama se mueve de acuerdo con las causas cotidianas del lugar y el efecto de *muerte* que adquieren los personajes asesinados. Así, como en “La muerte de Moctezuma” nos movemos a través del personaje Guaño y en el cuento “Luis Guerrero” el que toma las riendas de la trama es José, ninguno de los dos personajes es protagonista de su historia. Todos cumplen una función, que es la de animar el lugar.

La participación del narrador en el cuento “Luis Guerrero” va cambiando a medida que se acerca al final. Quería experimentar con un narrador omnisciente que luego se transformara en testigo, a través del uso de las repeticiones y a medida que la narración avanzara. Y casi al final, el lector puede intuir que quien cuenta la historia también está dentro del lugar narrado, y que la historia se le está contando a un personaje omnisciente en la narración, pero se sugiere dentro de la historia.

En “La tumba vacía”, el narrador personaje podría sugerirse como protagonista, sin embargo, los otros personajes no son menos importantes. Creo que los hechos de la historia y el lugar siguen siendo los que ocupan mayor protagonismo en todas las piezas. Y así como hay referencias a los mismos hechos en las diferentes piezas, también hay personajes que participan en más de un cuento y, de este modo, se siguen construyendo a medida que la narración aumenta.

El motor de la historia: como propuse al inicio, el motivo era explorar los crímenes cometidos entre pastores y campesinos que no solo tienen una costumbre, una política y más de un idioma distinto, sino que la manera en que el duelo y la muerte los afecta es diferente, aunque convergen en la misma región. Los ritos que se practican en Santa Marta no son iguales a los de la gente de La Cuadrilla. Mientras que

a la gente de San Pedro, a pesar de que son los dueños de las tierras, se les llama *guancos*, un término peyorativo para decir gente sucia o con malos hábitos. El racismo sucede también en ese contexto, además de las luchas de poder para controlar los recursos naturales, que ha generado uno de los conflictos más tocados en la narración; el río que pasa por La Cuadrilla y llega hasta San Pedro nace en tierras de Santa Marta. Los ñoomdá o amuzgos y los mixtecos se amenazan constantemente por el control del agua.

Quería insertar diálogos en ambos idiomas, pero creo que esto confundirá al lector, además se está narrando desde los personajes de la Cuadrilla, donde se habla solo el español, sin embargo, hago referencia a la lengua de la gente na'savi (mixteco) y ñoomdá cuando la narración lo exige.

La tradición literaria que dialoga con este proyecto se comparte entre lo que se cuenta en las historias, la forma en que se narra la historia y la estructura que va tomando cada pieza como unidad y como parte de un imaginario narrativo más amplio.

Por el tema y la época en que se plantea la narración, creo que los cuentos de Juan Rulfo son el primer referente: “¡Diles que no me maten!”, “Macario”, “No oyes ladrar los perros”, “El hombre”, “Anacleto Morones” y “El llano en llamas”, por citar algunos, pero también la novela breve *El gallo de oro*.

Eso en cuanto a temas que dialogan de forma directa, pero, a mi parecer, es José María Arguedas quien tuvo mayor influencia a la hora de comparar los hechos y la manera en que yo quería contar estas historias. Por ejemplo, el cuento “La muerte de los Arango” y “El barranco”. Por otra parte, García Márquez también participa en la manera de narrar en este proyecto con *Crónicas de una muerte anunciada*, cuyo narrador se refleja en el último cuento “Los hermanos Martínez”. Y, por supuesto,

también la similitud del mundo narrado en *Cien años de soledad* con la novela que sugiere este proyecto a futuro sobre La Cuadrilla.

También hay influencias indirectas de Hemingway (“La breve vida feliz de Francis Macomber”), sobre todo cuando se trata de narrar situaciones de cacerías o crímenes, omitiendo los detalles directos o cortando escenas y luego retomarlas en otros capítulos.

En otras piezas, la influencia llega de William Faulkner a la hora de usar diferentes narradores, pero sobre todo cuando se trata de focalizar la historia a través de una mente infantil. Ejemplo de ello son “El hombre de cera” y “La tumba vacía” que tratan de dialogar con las técnicas que emplea Faulkner en la primera parte de *The sound and the fury*.

La tradición literaria también se mezcla con la música; de esta categoría retomé, además de la forma de presentar los motivos, la atmósfera a la hora de plantear el conflicto en cuanto a crímenes cometidos en la narración.

El corrido tradicional como archivo de memoria sirvió para dejar constancia de los hechos —mayormente de agravios— ocurridos en un lugar. Y, aunque solo una de las piezas (Los hermanos Martínez) retoma una canción como escaleta, al final esta pieza musical quedó muy lejos de lo que ahora representa el cuento. Por cuestiones propias de la literatura, la ficción terminó cambiando y entramando nuevas historias, producto de la imaginación, a partir de la brevedad que plantea el corrido en que se inspiró.

Tal vez las otras piezas puedan inspirar lo contrario para complementar estas dos categorías, música y literatura.

Otros autores y obras que dialogan con este proyecto son Sherwood Andersen, *Winesburg, Ohio*. João Guimarães Rosa, *Los hermanos Dagobé*. Y quizá, en términos generales, Manuel Scorza, *Rodoble por Rancas*.

En cuanto a tradición literaria, tal vez cabría usar aquí el término *real maravilloso* para englobar el fenómeno extraño que sugieren los cuentos en algunos segmentos. Aunque no podría asegurar que lo fuera del todo, porque esto apenas tiene sus inicios en este proyecto. Convendría explicar que, hasta aquí, esta historia está contada desde la gente de La Cuadrilla y todavía no se le da peso a los nahuallis de Santa Marta, como para encasillar la narración general del proyecto en la categoría de lo real maravilloso. Sí se hace hincapié en que lo irreal y lo extraño se yuxtaponen con los crímenes de la historia contada.

Por otro lado, mi instinto de historiador quiso que la microhistoria fuera parte de este proyecto. En ese sentido, esta corriente historiográfica me ha ayudado a analizar los hechos y entender mejor cómo pensaban los primeros pobladores del lugar que inspira la narración.

El oficio de historiar, cuando se trata de recrear lugares donde no hay archivos más que las actas de defunciones o nacimientos, se vuelve subjetivo y uno se apoya de otros elementos, como las entrevistas, canciones o las fotografías. En este apartado entran las entrevistas con ancianos de La Cuadrilla, que me dieron un bagaje narrativo en cuanto a lenguaje coloquial que incorpora palabras fuera de la RAE, pero que incluí porque ayudaba a representar el lenguaje propio de los lugareños (no así para las últimas generaciones, por supuesto).

He dicho que la microhistoria es parte, pero no pienso que el proyecto tome el rumbo de la novela histórica, ya que los hechos y el estudio de ellos se reduce a una región determinada donde la ficción ha enmendado los eventos que no se lograron completar mediante la historia oral. En ese sentido, la historia regional o microhistoria también me ha ayudado a resolver los detalles monográficos del lugar, además de la estructura social respecto al territorio, luchas de poder y diferencia de idiomas en una

sola región. Estas luchas que llevan a los personajes de tres lugares a enemistarse políticamente hasta el punto de cometer los crímenes planteados en esta narración.

El Paso, TX
Marzo de 2022

Luis Guerrero

1

“¡Que lo sepa la geente! ¡Que lo sepa la geente! ¡Que Linda es puuta!”.

La Cuadrilla escuchó aquel grito haciendo eco desde el Tepeyac hasta la barranca.

“Qué hombre tan pendejo”, dijeron algunos.

Linda se había metido con Cheque, el encargado de la Conasupo, porque su marido no le aflojaba ni un peso pa darse gusto.

“Luis”, decía la mujer, “se acabó el cerillo y necesito juntar la lumbre pa poner el comal”.

Era hija de unos guancos que se ganaban la vida cuidando las cabras de las primeras familias que fundaron La Cuadrilla. Cada año bajaban al pueblo para entregar las cuentas de las cabras que habían parido. Y cada verano tenían que mudarse para asentar una nueva majada de cabras, no sin antes avisarle a los patrones dónde y cuándo era la muda.

“¡Gastas mucho!”, respondía Luis, echado en su sillón de palma tejido a mano por los guancos que llegaban a vender sus artesanías a La Cuadrilla. Luego, se levantaba y él mismo iba a comprar la caja de cerillos.

¡Viejo mezquino!

Por eso Linda se metió con Cheque. Platicaba la gente que Cheque le cambiaba el maí por otras cosas que había en la tienda Conasupo, y de vez en cuando, hasta le regalaba sus paquetes de galletas con jugo.

Quizás ella era así porque la gente decía cosas, como que a Luis lo habían visto en el monte con otro hombre; un guanco albañil que venía a trabajar a La Cuadrilla. Quizás Linda lo sabía. Pero la gente hablaba mucho. Decían que Luis ya había vendido la mitad de las tierras que le heredó su padre y que guardaba una costalilla de dinero en su casa. Lo cierto es que Linda nunca vio ese dinero.

2

Don José Melecio Guerrero, como en vida se le respetó, fue tres veces mayordomo de La Cuadrilla y padrino de tantos que en esos años se casaron. En la hora cercana de su muerte, tendido en un petate nuevo y agonizando de fiebre, dijo a su mujer: “Vende las vacas que quieras pa que cases a mis hijos. Que no se hable mal de José Melecio, aunque yo ya esté muerto”.

—Como tú mandes —respondió su mujer apretándole el brazo. —Háblenle a su tata, despídanse de él.

—Acércate, mijo José —ordenó el Don —y que Luis espere afuera, en el corredor.

—Aquí estoy, apá.

El Don sudaba y tosía con dificultad, tratando de ganarle tiempo a la muerte.

—Quiero que te quedes con las vacas y con las dos parcelas para trabajar —tosía y hablaba— déjale a tu hermano esta casa pa que viva con tu madre. Vete a vivir a otro lado. Tú sabrás si vendes parte del ganado pa que te hagas tu casa.

—Como usted diga, apá —aceptó José hijo, y tras un corto silencio, mientras el viejo cerraba los ojos y se apretaba el pecho, José hijo preguntó: —¿Qué pasará con las tierras que tenemos en San Pedro?

—Que tu madre decida mientras viva. Ahora dile a tu hermano que entre.

—Como usted mande, apá.

—Acércate, Luis —dijo su madre— tu tata de quiere hablar.

—Mijo —carraspeó el viejo José, y las palabras salieron como arrojadas del más allá. —Dejé que tu madre te criara... y por eso saliste penco como tu tío Lenor... Andan diciendo que a ese viejo le gustan los hombres, pero tú eres hijo mío y quiero que te cases, que tengas mujer y le des hijos.

—No hables así, José —interrumpió su mujer.

—¡Déjame decirle, mujer! —tosió con más fuerza y se apretó el pecho con las dos manos para recuperar el aliento. —¡Déjame que le hable a mijo antes de que me lleve la chingada!

Tiempo después, Luis recordaría con muina las palabras de su padre. Y aunque él hubiera preferido no casarse nunca, lo hizo porque su madre se lo pidió a cambio de entregarle sus tierras.

Tenía dieciséis años y nunca había trabajado. Era su hermano mayor, José, el que cuidaba de las vacas, las cabras y labraba las tierras.

“Mi Luis no va a trabajar porque se siente mal”, solía decir su madre, y José hijo despotricaba con la taza de café en los labios. Por su parte, Don José se limitaba a dar indicaciones:

“Que Luis vaya más tarde a la majada, que lleve el caballo y se asegure de que las cabras estén completas. Y que vaya a avisarle a mi compadre Benito que encontramos la vaca perdida en tierras de San Pedro”.

—Pero, ¿quién te va a cuidar si me caso? —objetó Luis contra su madre.

—¿No te gusta la hija de los guanquitos que recién llegaron a La Cuadrilla? Dicen que son gente honrada y trabajan cuidando las cabras de mi compadre Benito. Puedo hablar con tu tío Marcelo pa que pida a la muchacha.

Ese era Luis Guerrero, un hombre cuya vida estaba resuelta por su madre. Se casó con Linda cuando ella tenía catorce años. A cambio, y con el permiso de don Benito, sus padres pidieron seis cabras y un semental. Para el gusto de celebrar, la madre de Luis ofreció un primal de dos años que sacrificaron durante la ceremonia de pedimento.

—Si mi apá viviera —dijo José— si mi apá viviera, esto sería una fiesta de verdad. Ahora la gente anda diciendo que somos mezquinos.

—Ya fue mucho darles seis cabras a esos guancos —dijo su madre. —Además, tú te casaste bien porque vendiste la mitad de las vacas que te dejó tu tata, aunque yo nunca estuve de acuerdo.

—Esas vacas me las dio mi padre cuando estaba vivo.

—Y yo te di las tierras como lo hubiera querido tu tata. Por eso tu hermano se va a quedar con la casa y las tierras de San Pedro.

—Para qué quiere las tierras, si ni trabaja. Seguro las va a vender cuando te mueras.

—¡Pues que las venda! pero mi Luis sabrá cuidar del dinero y de mí.

Linda se fue a vivir con Luis y su madre.

Al día siguiente, los padres de Linda arrearon las seis cabras y el semental con el cencerro en el pescuezo y Linda no volvió a saber de ellos hasta que pasó la demala.

—Así son los guanquitos —dijo la madre de Luis. —Como animalitos buscando dónde comer.

“Ese hombre no es hijo de mi padre”, pensó José al oír los gritos de su hermano que llegaban hasta la orilla del pueblo, donde él vivía con su mujer. Estaba ajustando la montura de su caballo y atando una riata para guiar al burro que iba a dejar a su parcela cuando los gritos le amargarón la tarde.

Desde la cocina, a la luz de una lumbre roja que salía debajo del comal, su mujer torteaba la masa en un movimiento suave, un ritual de manos que consistía en dejar caer una tortilla y voltear las otras que ya se inflaban sobre el barro caliente.

—José —dijo su mujer asomando la cara. El fuego le iluminó el mentón y la mitad de su rostro era del color de la lumbre. —Come antes de irte. Ya va a caer la noche y la tortilla se va a enfriar pa cuando vuelvas.

José tiró del cincho de la silla de montar y el caballo dio unos pasos cortos hacia atrás. Palmeó al animal y le dijo a su mujer:

—Échame unas memelas en el morral que me las llevo. Además, esta noche quiero quedarme a cuidar la milpa de los tlacuaches.

—¿Y cuándo vas a ir a ver a tu mamacita?

—Mañana. Esa señora tiene dinero y un hijo que la cuida, aunque sea un bocón. Yo tengo que labrar las tierras que me dejó mi padre.

—No hables así, José, ella es tu madre. Ayer vino a buscarte y yo le dije que ibas a ir esta tarde.

La mujer se acercó con las memelas envueltas en una servilleta dentro del morral.

José trabó el morral en la montura. Se acomodó la escopeta al hombro y montó.

—¡Me da vergüenza que mi madre solape a ese cabrón! Pero iré a verla mañana —masculló antes de partir.

Oscurecía limpiamente sobre las casas de La Cuadrilla.

Hacía rato que su hermano había dejado de gritar, o tal vez José ya no lo escuchaba porque estaba alejándose de la mancha.

“Estuvo bien que te murieras”, pensó y recordó a su padre jalando la yunta:

“¡Así se agarra, mijo! con fuerza y con maña pa que los toros caminen juntos”.

Y José tomaba el timón del arado con toda la fuerza que puede tener un muchacho de once años, y los dos bueyes avanzaban surcando la tierra.

“¡Eso, mijo! usted va a ser un gran hombre”.

“Las vergüenzas que te ahorraste con morirte”.

En esto pensaba José cuando se topó con Cheque y con Linda, su cuñada. Huían a pie por el camino viejo que lleva a San Pedro.

4

“¡Ya mataron a Cheque!”, gritaba un guanco de San Pedro que venía entrando a La Cuadrilla.

Era de madrugada y los gallos apenas querían empezar a cantar cuando la gente se despertó murmurando:

“Mataron a Cheque, seguro que fue Luis Guerrero”.

“No creo que haiga sido ese maricón”, decían otros.

“Seguro le pagó a algún guanco que carga de marido, esos que vienen de Santa Marta son malos”.

Se llamaba Ezequiel, hijo de Artemio, dueño de la majada de cabras que colindaba con las tierras de San Pedro y Santa Marta. Artemio nunca venía a La Cuadrilla porque aquí no tenían familia. Muchas veces le dijo a su hijo: “Quédate conmigo en la majada, vas a tener los chivos pa ti solito cuando me muera. Y si quieres mujer, te caso, pero quédate aquí conmigo”.

Cheque, como lo conocían en el pueblo, odiaba cuidar las cabras. Desde niño su padre le pegaba porque se quedaba dormido en la majada y las cabras se metían a la milpa de la gente de San Pedro. Por eso Cheese quería ser maestro, aunque pa estudiar había que tener dinero pa irse de La Cuadrilla. Por eso trabajaba en la tienda de Conasupo que el gobierno reciente había llevado a los pueblos.

“Voy a ser maestro, Lindita”, le decía Cheese a Linda cuando esta iba a comprar cerillos con el centavo exacto que su marido le daba.

—¿Maestro?

—Sí, Lindita. Mira ya sé leer —y le mostraba un cartel que exhibía el retrato dibujado de dos hombres topando dos gallos de pelea. Era el cartel que invitaba a la fiesta de San Martín.

“Gran pelea de gallos.

Este 9 y 10 de Julio en honor a San Martín”.

—¡Ay, Cheese! eso cualquiera lo sabe entender. Tú no puedes ni escribir tu nombre —se reía Linda.

Nunca Artemio había vuelto a La Cuadrilla a pesar de que aún tenía su parcela y la casita de madera que hizo cuando se repartieron las tierras. Las pocas familias que fundaron La Cuadrilla no se habían emparentado del todo, y solo unos cuantos jóvenes habían contraído matrimonio, pero aún no tenían hijos. Uno de ellos era José, que estaba casado con Guillermina, hija de Efraín, cuyo oficio era el de carpintero, y quien en vida fuera amigo de don José Melecio.

“Cuando tu padre y yo llegamos a estas tierras”, le contó una vez el carpintero a su yerno mientras martillaban las fajillas en las vigas de un techo en construcción; “queríamos que La Cuadrilla estuviera allá abajo junto al río, y allí mismo construimos las primeras casas de madera, pero, con el tiempo, la gente que también se venía arrejuntando por acá, se instalaron cerca de nosotros. Hasta que bajaron los de San Pedro a decirnos que nos moviéramos de allí, porque esta tierra era solo de ellos. Tu tata, siempre tan sabio y valiente, habló”:

—Quién es el que manda, mi amigo.

Un hombre con cuaderno en mano señaló a un guanco que montaba un caballo blanco.

—Ellos, pero no hablan español, por eso estoy aquí para dar un mensaje.

—Dígale que no queremos problemas.

“Eran nueve hombres a caballo armados con escopetas. Hombres y bestias parecían una pieza. El líder se acercó a tu padre y dijo algo en Na a savi”:

—Dijo que dónde están los chivos, que quiere verlos —tradujo el hombre del cuaderno.

“Tu padre negoció por todos dando la mayor parte de lo que estos guancos pidieron para dejarnos vivir aquí.

El hombre con cuaderno era un maestro que enseñaba a leer y a escribir a la gente de San Pedro y les ayudaba a medir sus tierras. De modo que los guancos sabían con quienes colindaban y cuántos asentamientos nuevos se iban agregando.

En el acuerdo se escribió que los forasteros podíamos quedarnos a poblar y trabajar en estas tierras a cambio de cuatrocientas cabras, cien de ellas con crías. También nos hicieron movernos de donde estábamos, y asentamos la primera cuadrilla cerca del Tepeyac, cuando solo éramos cinco familias criando nuestros primeros hijos”.

Artemio era uno de esos hombres que fundaron La Cuadrilla, y aunque decidió asentar su majada cerca de San Pedro, se le consideraba importante en las fiestas patronales del pueblo.

Ahora regresaba solo para enterrar a su hijo.

6

No había panteón porque nadie había muerto desde que se fundó La Cuadrilla de pastores. La gente creyó que lo mejor era hablar con los de San Pedro y que les dejaran enterrar el cuerpo de Cheque allá junto a los suyos. Pero Artemio no estuvo de acuerdo, como tampoco lo estuvo el comisario, don Benito:

“Si queremos hacernos pueblo tenemos que empezar a hacer nuestras cosas. Ya estamos construyendo nuestra Iglesia y tenemos comisaría, pronto llegará un maestro y tendremos escuela, y si Dios quiere, esos guancos nos dejan vivir aquí pa siempre”.

Decidieron que el panteón estaría cerca del Tepeyac.

“Pa que nos quede de paso ir a ofrendarle a la virgen”, sentenció el comisario.

Cuando José vio a Cheque y a Linda saliendo del camino viejo, quiso pasar de largo y dejar que siguieran su camino. Pero la demala ya estaba puesta que fuera allí donde José Guerrero se manchara las manos.

Al ver la escopeta que José llevaba todavía colgando del hombro derecho, Cheque empujó a Linda y se tocó la cintura como si fuera a sacar pistola.

—Vete, Ezequiel —dijo José. —Váyanse los dos y no regresen por aquí.

—Vámonos, Cheque —le decía Linda jalándolo del brazo.

Pero este tenía otros piensos: que a traición cualquiera mata.

—Vámonos, Ezequiel —la mujer le hablaba y lo jalaba del brazo.

José mantuvo quieto al caballo, que se quería dar de vuelta como si presintiera la demala.

Linda lo llevó jalando del brazo a Cheque hasta que los dos retomaron la huida.

José quedó meditando sobre el caballo si era mejor volver a La Cuadrilla y dejar que los tlacoaches escarbaran en la milpa esa noche. Cuando el caballo se dio media vuelta, mirando hacia donde las casas comenzaban a iluminarse por la lumbre de los ocotes, José escuchó primero el grito de Linda y después el disparo de una .357.

Cheque había fallado el tiro solo porque Linda le alcanzó a dar un manotazo, si no, otra fuera su suerte de José Guerrero.

El caballo reparó y José se acomodó la escopeta bajo el brazo derecho mientras dominaba las riendas. Disparó.

—¡Por qué, Dios mío! —gritaba Linda llorando.

Y desde entonces Dios quiso que La Cuadrilla conociera la venganza.

Una broza de perros despertó a toda La Cuadrilla. Hasta los que vivían cerca del Tepeyac escucharon los balazos.

“Parece que ya mataron venado”, pensaron algunos.

Guillermina, la mujer de José, reconoció el disparo de la escopeta de su marido, pero no se quedó contenta porque antes oyó el balazo de un arma desconocida.

La mujer de uno conoce bien las cosas que uno carga. Muchas veces Guillermina acompañó a su marido a la majada donde tenían unas cuantas cabras que su padre le había regalado el día en que se matrimoniaron. Iban a espantar a los zopilotes que descendían volando hasta la barranca queriendo picotear a los cabritos recién nacidos. Las aves de rapiña se posaban sobre los mesquites y desde ahí acechaban a las crías de las cabras. Era de mal augurio matarlas donde estaban.

“Uno pierde la puntería si los mata”, le decía José a su mujer mientras disparaba al tanteo.

Ya sabía Guillermina cómo sonaba la escopeta de su marido cuando este espantaba a los zopilotes.

Ezequiel Jacinto quedó tirado entre la hierba y el zacate llanero, al lado de un tlachicón quemado que le sirvió de apoyo cuando quiso levantarse para alcanzar el revólver que salió volando al plumazo de la escopeta.

Linda lloraba de rodillas frente al hombre que, en vano, se arrastraba ahogándose con su propia sangre.

—¡Háblame, Cheque! ¡No te mueras así!

—¡Necio! —le gritó José, mientras recargaba su escopeta. Luego, agarró a Linda por un brazo y la obligó a subirse al caballo.

—Súbete, isúbete al caballo antes de que llegue la gente!

Salieron rumbo a San Pedro cuando un tajo de perros ladraba en medio de La Cuadrilla.

9

“¡Mira en lo que me metí por tu culpa, Linda!”

Linda aún resollaba con la cara hundida en la espalda del hombre, que sostenía las riendas del caballo a todo galope.

“Los corajes que te ahorraste con morirte, apá”, pensó José, y recordó a su padre cuando le regaló esa escopeta 16 de un tiro:

“Mira, miijo, esta va a ser tu arma. Cuídala mucho. Se la compré a Don Benito. Recuerda que con el arma no se juega. No seas como esos que andan por allí borrachos y echando balazos”.

Pronto José hijo había matado su primer venado con esa escopeta.

“Y a ti, Luis”, seguía recordando José a su padre; “también te compré una escopeta, pa que te enseñes a cazar como tu hermano”.

—Pero yo pa qué quiero esa arma, apá, yo no sé cómo se mata —decía Luis.

—¡Te vas a enseñar! —objetaba el Don. —¡Ya eres un hombrecito!

—Si Luis no quiere, déjalo —lo defendía su madre.

Un día Luis fue a contar las cabras de la majada; cargó su escopeta nueva y montó el caballo más manso, que su padre usaba para la leña. Cuando pasaba por el

centro de La Cuadrilla vio a unos indios amuzgos trabajando en la construcción de la comisaría:

—Qué bonita arma —dijo uno de los hombres.

Y Luis detuvo su caballo:

—¿Te gusta?

El indio no dijo nada y siguió pegando adobe. Dicen que después los encontraron en el monte a esos dos.

“¡Las vergüenzas que te ahorraste con morirte!”, pensaba José.

Un río de estrellas se divisaba en el cielo. El caballo disminuyó el galope y avanzó casi por instinto a través de la negrura entre la hierba y las luciérnagas que tiritaban.

Pronto divisaron una luz que se apagaba y se prendía. En la entrada de San Pedro, José creyó ver a un hombre que colgaba una linterna de aceite. Oyó que ladraron los perros, pero muy lejos. No había lumbre en las casas de San Pedro, señal de que ya todos dormían.

Tenían que pasar cerca de la entrada para poder bajar al arroyo y rodear el pueblo evitando que la gente los oyera. Cuando pasaron por allí la linterna estaba encendida, pero no vieron a nadie.

Bajaron por el arroyo y más adelante tomaron el camino de Santa Marta que va para Huehuetónoc.

“Allá encontraremos a tus padres y te dejo con ellos, Linda”.

Y Linda seguía resollando con la cara hundida en la espalda del hombre.

Pobre mujer, solo Dios sabe qué pasaba por su cabeza.

Toda la gente decía: “Artemio, fue Luis Guerrero el que mandó matar a tu hijo.”

Guillermina escuchó los pasos que se acercaban y luego el apresurado azote de la puerta.

—Ábreme, José —sopló la voz detrás de la madera. —¡Ábreme, hermano! por favor, soy Luis. Me andan buscando.

La mujer no había dormido la noche anterior porque su marido no llegó. Aunque José le había dicho que se quedaría a cuidar la milpa de los tlacoaches, nunca esperaba el amanecer y siempre llegaba a casa antes de que los gallos empezaran a aletear. Estaba oscureciendo otra vez y Guillermina tenía el comal puesto. De vez en cuando atizaba la braza y agregaba un trozo de leña para mantener el barro caliente.

La noche anterior había escuchado los balazos y en su corazón algo le decía que su marido había tenido que ver con la muerte de Cheque. Ya se había dicho en el pueblo que Ezequiel, hijo de Artemio, había sido asesinado en el camino viejo que va a San Pedro. Se buscaba al asesino y a la mala mujer que había dado origen al pleito.

—¿Qué quieres, Luis?, tu hermano no está aquí, no ha llegado desde ayer.

—Ábreme, Guillermina, por favor, me vienen siguiendo.

—Vete de aquí, seguramente tu hermano se metió en problemas por tu culpa. Andan diciendo que tú mataste a Cheque. Vete antes de que vengan y nos maten a los dos.

—No fui yo, ¡Por diosito que no fui yo!

—Pobre de tu mamacita, mira en lo que te metiste.

—¡Por diosito santo que no fui yo! Guillermina ¡Ábreme, por favor!

Ese día Luis comenzó a beber aguardiente desde la mañana pa curarse la resaca de la noche anterior. Andaba con un guanco que trabajaba en la construcción de la iglesia cuando le fueron a decir que habían matado a Cheque.

“La gente anda diciendo que fuiste tú, Luis”.

El guanco luego agarró sus herramientas y su morral y se chispó de La Cuadrilla por miedo a que lo culparan.

—¡Ábreme, Guillermina! Me van a matar y yo no hice nada —suplicaba.

Guillermina atrancó la puerta y se aseguró de que la aldaba estuviera bien puesta.

—Vete de aquí —dijo por última vez.

Fue allí cuando lo agarraron a Luis. Eran tres hombres los que lo andaban buscando: Artemio, Camilo y Marcial.

“¡Déjame, déjame!” le decía Camilo a Marcial, quien sostenía a Luis del cuello.

“Déjame que deporsí le tengo ganas a este maricón y orita mismo lo voy a matar”.

—¡Nadie lo va a matar! —rezongó Artemio, guardándose la pistola. —¿Usted cree, compadre, que este maricón tuvo valor pa matar a mijo?, No, al que vamos a esperar es a su hermano José. Y a ese lo quiero yo.

Se lo llevaron a punta de cañón pal centro de La Cuadrilla.

—¡Yo no fui! —gritaba llorando Luis Guerrero.

Allá en el centro de La Cuadrilla, donde antes era la comisaría, allá llegó su mamacita de Luis a pedirle a Artemio que le diera el perdón a su hijo.

—Déjelo, por favor. Hágalo por mi marido que en paz descansa.

—No lo voy a matar. Al que quiero es a su hijo José. Ya vino un guanco de San Pedro a avisarme que lo vieron cabalgando pa Santa Marta, y que con él iba esa mala mujer por la que mi hijo murió.

Pobre de su mamacita de José, lloraba y rezaba arrodillada frente a la virgen. Dos días lo tuvieron amarrado a su hijo Luis y ella le daba agua en la boca. Solo una vez la dejaron darle de comer. Pobrecita de esa señora, cómo le rezaba a la virgen para que a su hijo no lo mataran.

12

Luis Guerrero nunca tuvo valor pa las mujeres, cuantimenos pa matar.

Su señora madre murió rezándole a la virgen y solo por eso Artemio aceptó perdonarlo. A cambio, Luis vendió las tierras que le quedaban pa poder pagarle a Artemio por la muerte de su hijo; con la venia de don Benito que así quiso que fuera la justicia de aquel primer agravio en La Cuadrilla.

“Solo porque mi comadre murió rezándole a la virgen”, dijo el líder.

Que Dios la guarde a esa señora.

Han pasado los años y José no ha vuelto a La Cuadrilla. Su mujer lo fue a alcanzar allá en Huehuetónoc, donde dicen que se escondía. Todavía Artemio lo fue a buscar, pero nadie le supo dar razón.

“Será mejor que mi hermano no vuelva”, pensaba Luis Guerrero cuando se emborrachaba. Y aun habiendo pagado la cuenta del muertito, dijo que no perdonaba a su hermano por haber ayudado a esa mala mujer.

La Cuadrilla creció y la gente empezó a irse pal norte. Y de allá del norte traiban dinero pa hacerse sus casas.

Un día encontraron a Luis con el muchacho hijo de Camilo. Estaban haciendo groserías. El que lo halló fue el mero Camilo allá en el río. Dicen que desenvainó su machete y le dio unos fajazos que hasta gritaba el pobre Luis.

“¡Viejo marica! ¡Te voy a matar!”, le decía Camilo.

A su muchacho lo ató de las manos y lo arrastró con el caballo hasta su casa. Toda La Cuadrilla vio como Camilo Mora llevaba a su propio hijo desnudo y con las manos atadas con una reata que tiraba del juste de montar. Ya le habían dicho que a su hijo le veían salir de la casa de Luis Guerrero.

“¡Viejo puerco!”, decía la gente.

Eso fue de las últimas chingaderas que hizo tu padre Luis Guerrero, ahora ya de viejo.

¿Todavía quieres encontrarlo?

La tumba vacía

1

Se acercaba la fiesta del pueblo. Lo recuerdo porque el abuelo llegaba más temprano de la milpa para ir a la comisaría a juntarse con otros ancianos. Esa noche mi hermanito estaba hirviendo de fiebre y la abuela lo limpiaba con hojas de albahaca y ruda.

—¡Allí está!, ¡Allí está! —gritaba mi hermanito, señalando las vigas de madera que sostenían el techo de cartón negro.

—No, no es nada, mijo —decía la abuela para calmarlo.

Yo buscaba entre las vigas lo que mi hermano miraba, pero no había nada.

Cuando el abuelo entró a la casa, cerró la puerta poniendo la aldaba y el puntal. Colgó en un clavo de la pared su cubierta con su machete y su sombrero.

—¿Y mi hijo, el gallo?

—El niño tiene espanto —dijo la abuela. —Ya lo limpié con albahaca y aguardiente para que pueda dormir.

El abuelo no replicó. Pasó su mano por mis cabellos, besó mi frente y se dispuso a cenar.

—Si mañana amanece igual, tendremos que buscar a un brujo —dijo la abuela.

Jugábamos a las escondidas con mi primo Flaco en la casa abandonada de nuestro tío que se fue del pueblo. Las puertas cerradas aún tenían los agujeros de bala causados por los hombres que lo querían matar. La única ventana abierta estaba entre un árbol de guaje y nanche, y por ahí entrábamos.

Mi hermano se enojó porque a él le tocó buscar primero. Haciendo berrinche, y con las manos en la frente apoyadas en la pared de adobe, se puso a contar hasta veinte.

Flaco se escondió en la troja vacía que estaba en el corredor. Yo me escondí en la cocina, dentro de una gran olla de barro que la abuela le regaló a la mujer de nuestro tío cuando se convirtió en su nuera.

—¡Veinte! —gritó mi hermano.

Cerré los ojos y me encogí todo lo que pude en la oscuridad de la olla. Escuché sus pasos acercándose, pero tenía la confianza de estar en un lugar seguro porque la olla era tan grande que él no podría ni asomarse.

Flaco estaba más tranquilo porque la troja tenía dos *varas* de altura, y, aunque mi hermanito sospechara de su escondite, no podría escalar la pared de otate.

Nada pasó en un largo rato. Las gallinas cloqueaban en el patio. Me sentí seguro en la olla, oliendo el barro fresco. Hasta que de nuevo escuché las pisadas de mi hermanito por la casa y lo imaginé abriendo los muebles que estaban vacíos. Y de pronto, ya no se escucharon. Pensé en asomarme, pero no quería ser encontrado primero. Entonces, oímos el llamado de la abuela:

“¡Chamacos! ¿Dónde andan? ¡Ya métanse a la casa!”.

Flaco salió primero y me gritó: —¡Sal ya! porque mamá nos está buscando.

Al salir, no vimos a mi hermano. Le grité que el juego había terminado, pero no respondió.

—Seguro que ni nos buscó —dijo Flaco, enojado.

Fuimos hasta donde estaba la abuela.

—Amá —le dije —¿Mi hermanito vino para acá?

—¡No!, ¿que no estaba con ustedes?... ¡Anden a buscarlo pronto! —gritó enojada.

Flaco empezó a llamarlo por la ventana de la casa abandonada. Yo busqué en el corral de enfrente, donde a veces jugábamos con nuestros carritos de latas de sardina y el caballo de madera que nos hizo el abuelo. Había un árbol de naranjas que nunca dio frutos. Tenía machetazos por todas partes que la abuela le hacía cada año, en sábado de gloria, después de jalarnos las orejas.

—Aquí no está —dijo Flaco. —Ya entré a la casa a buscarlo.

La abuela vino hacia nosotros y le dio con una vara de nanche a Flaco. Cuando quise correr, me tomó del brazo y me dio dos varazos en los pies y otro en el lomo.

—¡Les dije que cuidaran a su hermanito! ¡Anden a buscarlo!

Corrimos llorando hacia el otro lado del corral donde el abuelo amarraba su caballo y colgaba la montura.

—Ya no llores, nito —le dije a Flaco. —Mejor hay que seguir buscando a mi hermanito.

—Sí —dijo limpiándose los mocos.

—¡Búsquenlo bien, antes de que entre la noche! —gritó la abuela desde el otro lado del corral.

Ella era así, regañona y de mucho cuidado. Cuando el abuelo llegaba del campo se sentaba a fumar en la puerta esperando hasta que ella le dijera que la cena estaba servida. El abuelo nunca discutía con ella, aunque a veces la abuela le gritaba que era un viejo tramposo porque se bebía dos refrescos de una sentada.

“¡Vas a terminar con mi negocio! ¡Viejo ronco!”.

Pero, desde que llegó la Conasupo, ya nadie venía a comprar a nuestra casa, a pesar de que estábamos viviendo en la orilla y el negocio de la abuela era un punto para los que viajaban de regreso a La Cuadrilla. El abuelo lo sabía, y cuando la abuela le reclamaba por beberse los refrescos, me miraba sonriendo y me decía: “Ven, mijo, bebe un trago de refresco. Esta vieja se va a morir sin disfrutar la vida”.

3

Una vez el abuelo me contó que se le apareció algo en el camino viejo que va a San Pedro, mero en Barranca Oscura:

“Fue hace muchos años cuando recién llegamos a estas tierras. Figúrate, mijo, que yo venía de la majada que teníamos en las tierras de San Pedro. Fui a dejarle al pastor una escopeta, porque me dijo que un coyote se andaba comiendo las cabras. Un mes antes habíamos perdido dos cabras y tres crías. El pastor encontró un rastro de tripas junto al Arroyo Negro. Allí los zopilotes terminaron de tragarse el resto de la carne que quedaba en los huesos. Cuando venía de regreso, y al entrar a Barranca Oscura, mi caballo dio un reparo. El animal es inteligente, mijo, ahora lo sé porque insistió dándose de vueltas como queriendo protegerse de algo. Y a pesar de mis intentos, no logré que avanzara”.

El abuelo se detuvo un momento, miró por la ventana hacia el Tepeyac y me sobó la espalda. Casi toda La Cuadrilla se divisaba desde nuestra casa. Las casas de adobe y piedra con techos de teja y cartón negro bajo las sombras de los encinos y nanches.

“Entonces lo vi, mijo”, prosiguió el abuelo y también me vio a los ojos.

“Estaba sentado en una piedra cerca de un cayagüe, y era negro, muy negro. Casi como una sombra. Le abundaba el cabello en todo el cuerpo. Y aunque no se le veía nada de piel, tenía la forma y el cuerpo de un hombre.

Yo había escuchado que por estas tierras antes había criaturas grandes. Animales que ya poco se miran ahora, pero eso no era criatura de Dios.

Al otro lado del camino por donde yo tenía que pasar a fuerza, se veían las primeras casas de La Cuadrilla, y la primera torre de la iglesia que estábamos construyendo en honor a la Virgen de la Candelaria. Pensé en la virgen, pronto sería la fiesta del pueblo y a nuestra familia le tocó la mayordomía de aquel año. Así que me armé de valor y le hablé. Le hablé a esa criatura:

‘Buenas tardes, amigo’ le dije. Pero él no contestó. Hizo como que se dio vuelta sin levantarse de la piedra en que estaba sentado y dejó de mirar hacia La Cuadrilla para mirarme a mí. Entonces, le vi los ojos. Y figúrate, mijo, que parecían de brasa. Era lo mismo que estar frente a la lumbre cuando se queman los cerros. Yo sentía el calor de la lumbre en sus ojos.

Me puse a rezar entre labios y agaché la cara mientras intentaba que el caballo dejara de reparar.

Cantaban las chicharras, pero yo no las escuchaba. Ni siquiera me podía mover de donde estaba. Hasta que un tecolotillo aleteó cerca de mí y se puso a cantar sobre la rama de aquel cayagüe.

Cuando levanté la mirada ya había entrado la noche y la criatura ya no estaba. Así que jalé al caballo que aún se resistía dando reparos, y tuve que someterlo a punta de reatazos jalando con todas mis fuerzas.

Figúrate, mijo, que cuando terminé de cruzar Barranca Oscura, quise voltear para ver si todavía estaba allí aquella criatura, y si en verdad era hombre, ¿o qué era? Y de nuevo lo vi sentado al pie de aquel cayagüe mirando hacia La Cuadrilla. Todo mi cuerpo pesaba. Era como si algo no me dejara ir de aquel lugar.

Sabrás Dios qué diantres era.

Pero, unos días después, se le apareció a mi compadre Chano. Dice que venía arreando una vaca que se le había perdido en las tierras de San Pedro y, al pasar por Barranca Oscura, la vaca se echó a correr pal otro lado del camino, como si alguien la hubiera espantado.

—Ese amigo es el malo, compadre —le dije.

—Ese amigo viene de Santa Marta —dijo mi compadre. —Allá en los peñascos donde los brujos de Santa Marta hacen sus chingaderas, allá lo han visto antes.

—¿Qué cosa buscará por aquí?

Por mucho tiempo nadie anduvo por el camino viejo, y la gente empezó a decir que eran los brujos de Santa Marta los que lo habían mandado. Porque nosotros somos forasteros que llegamos aquí como pastores errantes, y nos asentamos en estas tierras con el permiso de Dios y de la gente de San Pedro. No toda esa gente nos ve con buenos ojos, mijo, acuérdate siempre de esto.

Después vino un cura a la fiesta de la virgen, y el comisario de nosotros le pidió que bendijera todo el camino hasta San Pedro.

Dice mi compadre Chano, que ese *amigo* se regresó pa Santa Marta. Allá en los peñascos viejos donde los brujos hacen sus chingaderas. Lo cierto es que por aquí ya nadie lo ha mirado”.

Buscamos de nuevo en la casa abandonada. Flaco buscó en la troja y yo en la olla grande. Había dos cuartos más, pero estaban cerrados con candado. El techo era de teja y no había modo de que mi hermanito pudiera entrar por arriba.

—¿Y si buscamos de nuevo en el corral donde está el caballo de palo?

—Ya busqué allí —le dije.

—Pero no fuiste hasta la parota, cerca del camino viejo.

—No. Sabes que la abuela nos regaña si vamos hasta allá.

—Pero ¿Y si está allí? —insistió Flaco.

Salimos de la casa abandonada para entrar de nuevo al corral. Estaba oscureciendo. “¡Si no traen pronto a su hermanito, van a dormir en la comisaría!”, advirtió la abuela.

A un lado de nuestra casa pasaba el camino viejo que va a San Pedro. Al otro lado de este vivía una pareja de viejos que criaban gallinas, eran de Santa María y se quedaron aquí porque les gustó La Cuadrilla. Lo único que nos alegraba de vivir en esa orilla era saber que cerca iban a construir la primera escuela.

La parota era el árbol más grande que estaba cerca de la casa. Su sombra abarcaba desde el camino viejo hasta la mitad del corral. Tenía raíces tan gruesas y gigantes que salían de la tierra. Y en medio, donde empezaban sus ramas, tenía una abertura que simulaba una puerta. Sentíamos mucho miedo, pero queríamos encontrar a mi hermano.

—Saca tu resorte, nito —me dijo Flaco.

—Pero no tengo piedras —le dije, y él me dio unas canicas.

Tensando las resorteras, le gritamos muchas veces, pero mi hermano nunca respondió. El árbol cada vez era más grande y tropezábamos con sus raíces. Estaba seguro de que en cualquier momento algo iba a salir de la puerta bajo las ramas.

—Yo no quiero volver a casa —le dije a Flaco. —Mamá nos va a pegar mucho.

—Entonces busquemos en otro lado.

—Pero ya me cansé, y no sé dónde estará.

—Quizá ya está con mamá.

—Sí, creo que sí —dije, temiendo que no fuera cierto.

Caminamos a prisa y oscuras de regreso, sentíamos que los pasos de alguien nos alcanzaban. Atravesamos corriendo las matas de piña, donde me caí dos veces. Y cuando al fin vimos la luz de la lumbre que la abuela juntaba en el patio, gritamos:

“¡Amá, amá! ¡Nos vienen siguiendo!”

Y allí, sollozando en los brazos de la abuela, estaba mi hermanito.

—¿Ya ves?, porque no cuidaste bien a tu hermanito mira lo que le pasó —dijo la abuela.

—¿Qué le pasó, mamá? —pregunté asustado.

—¡Lo espantaron!... Anda a traer más leña, para poner el comal, porque ya va a llegar tu papá del monte. Y tú —le dijo a Flaco— ve a cortar unas ramas de albahaca y búscame el agua bendita.

5

El abuelo siempre llegaba del monte al entrar la noche. Amarraba su caballo en el patio y antes de entrar a la casa se sentaba a fumar en la puerta.

—¿Y mi hijo, el gallo? —preguntó el abuelo esa noche.

—Mi hermanito está acostado, apá.

La abuela estaba echando las últimas tortillas y sirviendo la cena para nosotros. Antes habíamos frotado el pecho de mi hermanito con aguardiente y la abuela le había dado golpecitos en todo el cuerpo con hojas de albahaca. Por órdenes de ella, Flaco había regado agua bendita en la entrada de la casa.

—Es que se espantó, apá —dijo mi primo.

—¡Cállense! —gritó la abuela.

El abuelo no dijo nada. Besó mi frente, y se sentó a comer su plato de arroz con frijol y queso. La abuela le hizo dos memelas de maíz nuevo, pero él ya no las tocó.

Nosotros también cenábamos en silencio. Y entonces, se oyeron los gritos.

—Vete a ver a tu hermanito —me dijo la abuela.

Entré al cuarto donde estaba acostado. Él lloraba y señalaba con las manos a las vigas del techo.

“¡Allí está! ¡Allí está!”.

—Cálmate, nito.

“¡Allí está! ¡Allí está!”, gritaba.

Y yo buscaba entre las vigas lo que mi hermanito miraba.

—Cálmate, nito —dije llorando yo también cuando vi la sombra que se ocultaba entre las vigas y el techo de cartón.

Temía que la abuela entrara en cualquier momento para regañarme, pero no lo hizo. Mientras yo trataba de contener el llanto abrazando a mi hermanito, podía escuchar la conversación que ellos tenían en la cocina.

—El niño tiene espanto —dijo la abuela.

—¿Cómo pasó? —preguntó el abuelo mientras masticaba.

—Estaban jugando en la casa de enfrente cuando se perdió y no sé cómo fue a dar hasta el camino viejo y volvió llorando porque vio algo allá que lo espantó. ¡Pero estos chamacos tienen la culpa! —gritó la abuela mirando a Flaco.

—Pero nosotros le dijimos que solo jugaríamos dentro de la casa...

—¡Cállate! —gritó de nuevo la abuela, y Flaco ya no dijo nada.

Mi hermano dejó de llorar y se quedó dormido. Yo también dejé de llorar y me limpié los ojos para ver de nuevo entre las vigas. Y nada. La sombra se había ido.

Regresé a la cocina, pero ya no tenía hambre.

—Ven mijo —dijo el abuelo. —¿Cómo sigue tu hermanito?

—Ya se durmió, apá.

—Si mañana amanece igual, tendremos que buscar a un brujo —dijo la abuela.

Se acercaba la fiesta del pueblo. Lo recuerdo porque el abuelo llegaba temprano de la milpa para ir a la comisaría a juntarse con otros ancianos. Esa noche el abuelo regresó luego de la comisaría porque la abuela le dijo que necesitaba ayuda para cuidar a mi hermanito toda la noche.

6

Al amanecer salí al patio y no vi el caballo del abuelo.

—Mamá, ¿y mi apá?

—Se fue a la majada a ver a las cabras —explicó. —Ahora levanta a Flaco y traigan leña del patio para poner el comal. Después van a cuidar a su hermanito.

Todo el día estuve cuidando a mi hermanito, que se quedó dormido hasta que entró el sol.

—Levántalo —dijo la abuela. —Dale agua, ahorita va a comer.

Cuando le acerqué la jícara de agua y le di de beber, mi hermano escupió una bola de saliva negra. Tenía la cara pálida y las manos muy frías. Temblaba como si tuviera mucho frío, pero sudaba como si tuviera calor.

Flaco empujó la puerta de madera y entró al cuarto. Los dos miramos a mi hermanito acostado boca arriba con los ojos clavados en las vigas del techo. Flaco agarró un trapo y le limpió el sudor de la cara.

—¿Qué es eso? —preguntó mirando la bola de saliva negra que flotaba en la jícara de agua. —Parece carne.

Entonces entró la abuela.

—Amá —le dije —mi hermanito escupió sangre.

La abuela miró la jícara de agua y me apartó con un brazo.

—¡Tira eso allá afuera!

Al caer la noche, después de prepararnos una memela de frijol a Flaco y a mí, mamá nos mandó a dormir a su cuarto y ella se quedó en la cocina pensando frente a la lumbre.

Nos acostamos en el petate y Flaco dijo que creía que mi hermanito se estaba convirtiendo en nahualli. Entonces oímos la aldaba de la puerta que se abrió y la voz del abuelo al otro lado del adobe, susurrando para que no le entendiéramos.

—Hay que llevarlo a la cocina —dijo bajito la abuela —todavía tengo el comal puesto y hay braza pa juntar la lumbre.

Queríamos ver, pero la puerta estaba cerrada por fuera.

—Acuéstate —dijo Flaco —mira por debajo de la puerta.

Los dos lo hicimos y así vimos lo que pasó:

Mi hermanito estaba acostado en un petate, tenía en la frente un trapo que la abuela remojaba en una jícara con agua. El abuelo quitó el comal, atizó la brasa y la lumbre iluminó las paredes de adobe y el techo.

Y allí estaba de nuevo. Era él. Era eso. La sombra que yo vi en las vigas. Aquello que espantaba a mi hermanito estaba sentado cerca del brasero.

Flaco se cubrió la boca y me miró espantado.

El abuelo puso las brasas en la mitad de una teja y dejó caer encima unas piedras de copal. El humo que emanaba de estas empezó a oler por toda la casa.

—Trae el aguardiente —susurró el abuelo.

Y la abuela le acercó una botella. Después, el abuelo se echó un trago y lanzó un escupitajo sobre el cuerpo de mi hermanito. Y aquella sombra negra se levantó y tomó la forma de un perro. Un perro negro y grande que comenzó a lamer el cuerpo de mi hermanito mientras la abuela susurraba un rezo en na savi, la lengua que nosotros no heredamos.

7

—Apá —le pregunté al día siguiente al abuelo. —¿Por qué mi hermanito no despierta?

No respondió.

—Deja a tu papá, está cansado —dijo la abuela.

Flaco pensaba que mi hermanito se había convertido en nahualli, como los brujos de Santa Marta.

—Despierta, nito, vamos a jugar con el caballo de palo —le decíamos.

Y él solo se movía en la cama poniéndose boca abajo.

8

La tarde en que el abuelo se cayó del caballo, mi hermano habló para pedir de comer.

—Tengo hambre —dijo.

Y yo me alegré de que al fin hubiera despertado.

Flaco corrió a avisarle a mamá que mi hermanito había vuelto. Entonces llegó tío Chano a avisar que habían encontrado al abuelo muerto en Barranca Oscura: “Se cayó del caballo”.

Más tarde lo trajeron en un petate entre varios hombres. Las mujeres de La Cuadrilla vinieron a nuestra casa y pusieron velas y flores en el corredor para velar al abuelo.

La noche después de su entierro, oímos los pasos de un caballo detrás de la casa. Los perros ladraban persiguiendo algo en el camino viejo. Desde la parota hasta la casa se oía cantar un tecolotillo a esas horas de la noche.

—Amá, creo que es el caballo de mi apá.

La abuela me abrazó y no dijo nada.

A la mañana siguiente mamá nos levantó temprano para ir a dejarle flores al abuelo, pero cuando llegamos al panteón su tumba estaba vacía. La cruz que le habían puesto estaba tirada por un lado y había pisadas de caballo por todas partes.

Los ancianos que vivían al otro lado del camino viejo contaron que esa noche vieron pasar a un perro negro siguiendo a un caballo que arrastraba la caja de un muerto.

La abuela se enojó mucho por las habladurías. Ese mismo año, el sábado de gloria por la mañana, mientras vigilábamos la olla con café que hervía en la cocina, nos jaló las orejas a mí y a Flaco.

—¡Para que diosito descanse! —dijo. —Y ahora coman.

Después fue hasta la puerta del corredor, bajó la cubierta y desenvainó el machete del abuelo. Salió de la casa y atravesó el patio.

Mi hermanito estaba sentado en la puerta de la cocina comiendo su memela de frijol en silencio. Casi no hablaba desde que había sanado.

Vimos que la olla de café estaba hirviendo y el agua se derramaba haciendo humo sobre la brasa.

Cuando salimos a buscar a la abuela la encontramos tirada dentro del corral donde el abuelo amarraba su caballo. “¡Amá! ¡Amá!”. Tenía los ojos abiertos y con una mano apretaba el machete, pero ya no contestó.

—Todavía alcanzó a darle sus machetazos al naranjo —dijo Flaco.

Reyna Cervantes

1

Los vieron bajando por la vereda que llega de San Pedro. De camisa manga larga y sombrero de palma, los dos. A lo lejos, daba la impresión de que eran espantapájaros, a no ser porque las bestias que montaban galopaban a ratos donde el camino era más ancho.

—Apúrate, Jaime ¿no ves que vamos tarde? —dijo el jinete de adelante. Destacaba por la escopeta terciada en la espalda y por ir sobre un mular macho que en la nanca llevaba atado un cabrito muerto envuelto en un costal de cañamazo. —Ya se ven las casas de San Pedro. Allí vamos a dejar este nimalito con Santa y nos descolgamos pa La Cuadrilla.

La hierba alta y húmeda les mojaba los huaraches y las bestias sentían los talonazos golpeándoles la panza. El jinete de atrás montaba un mular hembra y se esforzaba por mantenerlo a un solo paso.

Cuando vieron las torres de la iglesia apareciendo a medida que la neblina se iba disipando por las montañas, se detuvieron un instante. El de adelante se acomodó el sombrero y una trenza de cabello largo le cayó hasta la cintura.

Desde esa distancia el pueblo parecía en calma. Todo lo que escuchaban era el canto de las calandrias que comenzaban a hacer sus nidos en las altas ramas de los carnizuelos.

“Y qué bueno”, suspiró el de atrás.

No habría que preocuparse porque el viento doblara la milpa ese año y arruinara la cosecha. Sería un buen tiempo para que el llano reverdezca y las vacas

bajen solas a beber agua sin preocuparse de que el arroyo crezca por la lluvia y la corriente arrastre algún becerro.

Siempre era un problema pensar que las cabras quedaron atrapadas al otro lado del río y esperar a que bajara la corriente para ir a buscarlos antes de que la gente de Santa Marta se los robara. Era común que esa gente sacrificara a los chivos machos en los peñascos. A menudo, los pastores de La Cuadrilla y de San Pedro, que subían a pastorear sus cabras al cerro, encontraban en las cuevas rastros de sangre y velas a medio quemar donde los brujos habían hecho sus ofrendas al diablo.

—¿Ya viste? las calandrias están contentas y no habrá ventarrón este año —dijo el de adelante.

De vez en cuando tiraba del freno de bozal para hacerle entender a la bestia quién mandaba. Y entonces, se oyeron replicar las campanas de San Pedro.

—Parece que alguien murió en San piedrito, ¿quién será? —preguntó el de atrás.

—Creo que es mujer porque ya van siendo nueve campanadas —respondió el de adelante, y luego indicó que se detendrían en el arroyo para que las bestias bebieran agua antes de entrar al pueblo.

—Seguramente fue alguna de las señoras grandes.

—Sí —dijo el de atrás —quizás la tía Goya o la tía Berta.

—La tía Goya nos ayudó cuando nos asentamos en La Cuadrilla, ¿te acuerdas? Ella y también la tía Berta fueron las que convencieron a su gente de que nos dejaran un pedazo de tierra pa cuidar nuestras cabras.

“¿Y la tía Berta?”, pensó el de adelante apresurando a la bestia.

Pobre de ella, dicen que los brujos de Santa Marta le hicieron pa que se enfermara, porque cuando ella fue comisaria defendió a los forasteros de la gente de Santa Marta que bajaban a robarse las cabras para sus rituales.

Pararon en el arroyo y, sin desmontar, ambos jinetes le quitaron el bozal a sus bestias para que bebieran agua.

Y qué agua tan limpia era aquella.

Decían que ese arroyo venía de cerro Pájaro, que le corresponde a Santa Marta. Muchas veces los brujos de allá amenazaban a las gentes de San Pedro con tapparles el agua y desviar el arroyo pa Huehuetónoc porque no les dejaban venir a hacer sus ofrendas de este lado.

Los mulares hundieron la trompa dando pisadas al agua. Tras un largo sorbo levantaban la cabeza casi al mismo tiempo y resoplaban.

—Oye, Jaime, ¿hace cuánto que no tiras? —dijo el de adelante.

—No me acuerdo, creo que la última vez fue cuando me compraste la escopeta.

—Saca tu pistola, vamos a tirar aquí.

—Pero se van a enojar estos guancos que andamos tirando en sus tierras.

—No te preocupes por estos guancos, hombre, saca el arma ya. ¿Vez aquel encino prieto? a ese le vamos a pegar.

El otro obedeció metiendo la mano en el morral que iba atado al juste de montar y sacó un revolver .38 Smith & Wesson especial.

—¿Cuántos tiros? —preguntó mientras giraba el cargador.

—Todo el cargador, que al cabo yo los compro.

—Ta bueno.

Los caballos volvieron a hundir la trompa en el agua y resoplaron salpicando la hierba que crecía en la orilla del arroyo. Jaime apuntó primero al suelo, después levantó el cañón hasta centrar el encino en una ceja. Era un encino amarillo cuyas ramas amarilleaban hasta las copas. Vio saltar a una ardilla de rama en rama y perderse entre las hojas. Volvió a apuntar desde el suelo.

—Vamos a ver qué tan bueno eres con esa arma o te compro otra.

Al tiro, los mulares recularon unos pasos y Jaime se tambaleó sobre la bestia.

—¡Agarra bien a esa mula! Ya deberías estar acostumbrado a disparar con una mano sin que el animal te tumbe. ¡Tira otra vez!

El hombre volvió a disparar. Dos veces. Pero ninguno acertó.

Su nombre de pila era Jaime Martínez y quien le mandaba era Reyna Cervantes, su temida mujer.

—Mira, te voy a enseñar.

La mujer se arremangó la camisa y sacó del morral una Magnum .357, se apartó la trenza de cabello sobre el hombro, giró el cargador de mazorca y apuntó.

No falló ninguno de los cuatro tiros que disparó.

—¿Ya viste? —dijo sonriendo. —Y yo que pensaba que con esa arma al fin ibas a pegar bien.

Cruzaron el arroyo y retomaron el camino hacia San Pedro. La neblina se había esfumado por completo y podían ver las casas cuesta arriba que iban apareciendo.

Escucharon el retumbo de la tambora haciendo eco en el cerro, muy apenas por encima del saxofón y la trompeta.

—Ya se oye la música, mujer, ¿quién habrá muerto? —dijo Jaime, cabalgando atrás.

—Orita le preguntamos a Santa, hombre.

En la entrada de San Pedro, un hombre arreaba dos mulas y un caballo que se resistía a caminar. El animal reparaba relinchando porque el hombre le daba con una vara de carnizuelo.

Era un guanco que compraba y vendía animales de carga.

—Mira, Jaime, ese hombre está loco —dijo Reyna.

Los dos bajaron de sus caballos y ataron a los animales en el establo público que estaba en la entrada del pueblo. Jaime se apresuró a desatar el costal con el cabrito muerto que el mular de Reyna cargaba en la nanca. Al bajar el cuerpo del crío, un hito de sangre corrió sobre la costalilla blanca y manchó la tierra.

“Qué chulo estaba”, pensó Jaime.

Hacía dos meses que la cabra más chula había parido dos cabritos con aretes en el cuello. La tarde antes del accidente, decidieron cambiar los chivos de majada. Y mero que iban pasando por Barranca Oscura cuando los chivos corrieron separándose como si algo los hubiera espantado. La cabra resbaló en la orilla del peñasco y una de sus crías cayó a la deriva. Cuando Jaime bajó a buscarlo encontró al cabrito muerto sobre las piedras de la barranca.

Qué chulo estaba.

En un par de años sería el semental que iba a dirigir el trozo de la otra majada. Dos sementales con esos aretes en el cuello y esas orejotas largas como de conejo, no solo era raro que nacieran, sino que casi nunca se lograban.

—¿Qué te parece el caballo que ese guanco está golpeando, Jaime?

Jaime dejó sus reminiscencias.

—No sé, mujer, parece un caballo joven. Habría que amansarlo todavía.

Reyna aflojó la silla de montar de su *Colorado*, como ella lo llamaba, y caminó hacia el guanco que ahora maldecía en mixteco al caballo.

—¿Cuánto quieres por el animal?

El hombre respondió en mixteco y volvió a golpear al caballo.

—Ya no le pegues, hombre, ¿que no sabes tratar a un animal?

El guanco la miró sin responder. Luego vio a Jaime y al cabrito muerto que estaba a sus pies. La sangre había dejado una mancha negra en el costal de cañamazo.

—Caballo no sirve —dijo el hombre en un español limitado pero entendible. — Por eso lo voy matá.

—¿Pa que lo vas a matar si me lo puedes vender a mí?

El guanco miró de reojo a Reyna y después se fijó en el cañón de la escopeta que esta llevaba terciada en la espalda.

—Cambio por escopeta.

—Dos pesos —dijo Reyna. —Te doy dos pesos y ese cabrito que todavía está bueno pa que lo ases y lo comas con tu familia.

—Dos peso no. Diez peso costó lanimal.

—Bueno, te doy cinco con todo y el nimalito muerto.

El caballo había dejado de relinchar y el guanco pareció meditar la oferta.

Atrás estaba Jaime viendo y oyéndolo todo. Levantó al cabrito envuelto en la costalilla como queriendo irse pa dentro del pueblo.

Tenía el presentimiento de que su mujer se metería en problemas. Ya había pasado antes, cuando le disparó a un indio amuzgo solo porque le vio matar a su perro.

—¡Espérate, Jaime!, ¿que no ves que estoy negociando?

No queriendo, el marido se detuvo con el bultito en brazos, luego echó una mirada al guanco y al caballo.

El guanco volvió a jalar el caballo con la reata, pero, como el animal aún se resistía, volvió a maldecirlo en mixteco. Intentó arrear a las mulas poniendo en medio al caballo y nada.

Reyna sintió el peso del revólver en la cintura. “Qué animal tan terco”, pensó.

—Mejor lo mato pa quitarme la muina —sentenció el guanco.

Y de pronto, fue como si la amenaza de matar al caballo se la hubieran hecho a ella.

Atrás estaba Jaime queriendo decirle a su mujer que lo dejara, que no valía la pena meterse en problemas. Que mejor se fueran a dejarle el cabrito a su sobrina Santa y de ahí se chisparían pa La Cuadrilla.

Recordó a aquel hombre que su mujer hizo correr a balazos porque mató a un perro que se había comido las tortillas del morral.

Allá en las tierras de Santa Marta, un hombre contaba que encontró a su perro hurgando en el morral de las tortillas que estaba colgado en la rama de un cayahue.

“Lo maté porque era mañoso”, decía aquel amuzgo que trabajaba de peón en la chapona.

Reyna y Jaime arreaban sus cabras cuando oyeron el balazo cerca del camino que va de Santa Marta a La Cuadrilla. Al salir al camino, encontraron al hombre comiendo y al perro gimiendo de dolor. No se imaginaba aquel amigo que esa mujer le daría otra fama a su vida.

Al perro le metió dos tiros pa que no sufriera más y al hombre le apuntó a la cabeza ahí donde estaba sentado. Este no tuvo tiempo de echar mano a su pistola cuando sintió el quemón del plomazo que le hizo volar el sombrero.

Su nombre era Marcelo y, al sentir el viento del balazo, soltó la pistola y se echó a correr pal pueblo.

Se anduvo diciendo desde entonces que una mujer a caballo vestida de hombre le hizo correr a balazos a Marcelo.

3

Los vieron bajar por el camino viejo que llega hasta San Pedro. Desde la cocina de adobe donde Santa atizaba el comal, apurando el fuego para prepararle las memelas a su marido, reconoció a su tía Reyna Cervantes que venía montada en su macho. Detrás de ella distinguió a Jaime por el andar de su mula. Siempre lento y disque precavido porque a él no le gustaban los riesgos y se le consideraba un hombre sin convicciones ni talentos.

“Ay, pobrecito de mi tío Jaime”, pensó Santa. “Siempre tan dejado... haciendo todo lo que mi tía le dice. ¡Qué hombre tan penco! Si fuera mi marido, yo le daba aguardiente de avispa pa que se compusiera. Pero a mi tía así le gusta, que su marido haga lo que ella quiere. Por eso mira cómo lo trae, atrás en el caballo más menso, y ella, con esa escopeta en la espalda, dicen que sabe tirar montada en su caballo.

¡Ay, mi tía Reyna!

Quien sabe a quién le sacó.

Ojalá no me salga una hija como ella”.

A esa hora la neblina ya se había levantado. Santa vio que los dos jinetes se perdieron bajando al arroyo.

“Seguro se van a quedar al velorio de tía Berta. Ojalá que se vayan pronto porque yo no le tengo mucha confianza a mi tía Reyna. Cuando ella se emborracha seguro echa balazos y aquí los guancos son delicados. Con mucha suerte me hallé un marido que me quiere, pero, conociendo a mi tía Reyna, seguro le va a decir una mala palabra. Ya la conozco, ya sé cómo es de bocona. Porque como ella carga pistola nadie le puede decir algo.

¡Ay! mi tía Reyna... espero que se vaya luego pa La Cuadrilla”.

4

El caballo relinchó al disparo y cayó de costado resollando en la tierra. Los ojos abiertos todavía parpadeaban... la sangre volvió a manchar la tierra. Esa tierra blanca que solo había en la entrada del pueblo y que, años más tarde, los guancos usarían para hacer las tejas de sus casas.

Atrás estaba Jaime, reculando. Quería pensar que nada había pasado, que su mujer no había jalado el gatillo. Y el tiempo se detuvo para él igual que se había detenido hace un par de años, cuando su mujer le dijo que a ella no le gustaban los hombres, pero le iba a dar hijos nomás pa no perder la costumbre.

Pobre Jaime, desde entonces anda detrás de su mujer obedeciendo lo que ella le mande. Y, aunque la gente hablaba, a él no le importaba lo que dijeran.

¿Qué es lo que sentía por ella? ¿Miedo, amor, respeto? sabrá Dios. Pero ni hombre tan penco, ni mujer tan valiente se daban mucho en aquellos tiempos.

La .357 permanecía firme empuñada por la mujer. Delante estaba el guanco tendido boca abajo a un lado del caballo que resollaba a ras de suelo. Y dicen que, cuando el muerto cae boca abajo, el que mata no puede huir tan fácil.

—Si quieres vete, Jaime —le dijo Reyna a su marido.

“¡Ya mataron a Chencho!”.

Un niño llegó corriendo a donde estaban velando a la tía Berta. La difunta, que había sido curandera del pueblo hasta sus últimos días, también fue la única comisaria entre los comisarios de aquel tiempo. La primera que se atrevió a pelear por los forasteros que venían huyendo de la Revolución buscando nuevas tierras donde asentarse.

Así fueron posibles las primeras majadas de pastores errantes que solo hablaban el español, y ellos (la gente de San Pedro) solo eran hablantes del mixteco o na savi. Con el tiempo se emparentaron, pero la gente na savi nunca dejó de ver a los pastores de La Cuadrilla como forasteros.

Si embargo, la tía Berta, como todos la llamaban, en su mandato de lideresa empezó a incluirlos en las fiestas y reuniones de San Pedro.

Los hombres que habían liderado San Pedro hasta entonces no estaban de acuerdo. Decían que los pastores de La Cuadrilla debían entregar más cabras por usar el agua y las tierras, a pesar de que anteriormente ya habían establecido un acuerdo donde se entregaron más de cuatrocientas cabras por el permiso de asentar las primeras dos majadas y La Cuadrilla. Tomó tiempo para que la lideresa convenciera a su gente de que los pastores serían buenos aliados, sobre todo si se trataba de echarle bola a la gente de Santa Marta, con la que llevaban años peleando el agua del río.

Un día pasaron unos gitanos vendiendo figuras de cobre, en su mayoría santos y animales. La tía Berta los vio llegar a caballo. Los gitanos traían dos niños y dos mujeres. Todos eran blancos y la gente los miraba asombrados. Era la primera vez que esa gente pisaba esta tierra.

Descargaron en la entrada de San Piedrito y tendieron sus mantas. La comisaria ordenó que les llevaran agua y les ofrecieran comida. Los chiquillos de San Pedro se acercaron a hablar con los niños gitanos, pero no se entendían. Esa tarde los niños intercambiaron juegos sin necesidad de hablar. Se comunicaban en señas y risas.

La tía Berta en persona fue a ver lo que vendían esas gentes. Encontró entre los animales de cobre a una virgen que en la mano derecha sostenía una vela y con la mano izquierda cargaba un niño.

Era la Virgen de la Candelaria.

La lideresa vio en ella la oportunidad de sellar el pacto entre su pueblo y la gente de La Cuadrilla.

Esa misma tarde mandó a comprar la virgen y días después mandó a traer a don Benito, quien entonces lideraba a los pastores.

Y así fue como La Cuadrilla tuvo su propia fiesta patronal y pronto comenzaron a construir una capilla que después se transformó en iglesia.

A partir de ese momento la gente de San Pedro comenzó a llamar a La Cuadrilla por el nombre de La Candelaria, en honor a la Virgen patrona.

Era así hasta los tiempos de la tía Berta, cuando Reyna y Jaime todavía no procreaban a sus primeros hijos. Estos, años más tarde, serían los primeros en querer independizarse a la brava de San Pedro, y crearían un pueblo autónomo donde los navis no tuvieran ninguna influencia política sobre ellos.

Todos los principales de San Pedro estaban presentes en el velorio de la tía Berta cuando el chamaco entró gritando:

“¡Mataron a Chéncho! ¡Lo mató una mujer!”.

Todos habían oído los balazos, pero no pensaron que fuera algo grave. Era común que las ráfagas se oyeran al otro lado del arroyo, donde los más jóvenes iban a matar iguanas.

El comisario suplente cargó su escopeta y salió por delante, detrás lo siguieron sus hombres armados con rifles y escopetas.

6

—¿Loyiste Santa? Pasó un escuincle gritando que una mujer mató a Chenko, el guanco que vende mulas y caballos en la entrada del pueblo.

—Seguro fue mi tía Reyna —respondió Santa, afligida frente a su marido.

—¿Esa señora tiene mucho valor o está loca? Espero que tú nunca me hagas una pendejada de esas, Santa.

Reyna vio la fila de hombres armados que venía bajando por la calle principal del pueblo. El suplente traía la escopeta con el cañón por delante, secundado por sus subordinados.

La mujer se guardó el revólver en la cintura y se destrabó la escopeta terciada en la espalda.

—Si quieres vete, Jaime —le dijo a su marido. Y este dejó caer el costal donde traía el cabrito envuelto. Su mujer no había dado ni un paso atrás. —Si aquí me matan, que sepas que te quise, Jaime ¿loyiste?

Jaime lo sabía, que a su mujer no le gustaban aquellos que maltrataban a los perros, lo cual era irónico porque Reyna no quería tener perros y los que estaban en la majada ayudando a cuidar el rebaño eran los perros de un guanquito que ellos designaban de vez en cuando a velar la majada, como cuando tenían que ir a La Cuadrilla a la fiesta de la Virgen.

Pero ¿también le pasaba con los caballos?

Lo que Jaime no sabía era que a su mujer le habían pasado cosas de niña. Como cuando su padre la entregó para que se casara con él.

Así lo pidió José Martínez, el padre de Jaime, sobre la mesa de una cantina mientras jugaban barajas españolas.

—¿Te parece si en esta jugada me das a tu hija pa que se case con mijo?

El padre de Reyna miró a José Martínez con rabia, pero no hizo nada para restar la ofensa. Jugaron otra partida y volvió a perder.

—Tu muchachita me gusta para nuera —insistió Martínez— además, no te voy a cobrar la deuda que ya tienes conmigo. Acuérdate de que me debes una maquila del maí que se comieron tus chivos en mi milpa el año pasado.

El padre de Reyna se levantó de la silla. Caminó hasta la salida y azotó la puerta al cerrar por fuera. Estaba amaneciendo cuando unos niños pasaron arreando sus chivos.

“Por qué no tuve un hijo varón”, pensó el hombre.

Reyna escuchó el golpe de la madera derribada. El presentimiento de que su padre había llegado borracho otra vez la hizo temblar de miedo y enrollarse en el petate donde dormía.

El hombre entró a la casa y bajó la escopeta que estaba en el armario. Luego salió al patio y, a la luz de un amanecer que todavía era blanco y gris, les disparó a los perros que dormían confiados. Los vecinos salieron a ver, y hasta en el gallinero las gallinas se escandalizaron.

Momentos antes morir, los perros movieron la cola al ver al amo que se tambaleaba borracho para abrir la tranca. Incluso se quedaron quietos cuando el hombre derribó la puerta de la casa. Quizá por eso no advirtieron el calor de las balas cuando el amo, el hombre, el padre, los mató a quemarropa.

Reyna se cubrió la boca con las dos manos al oír el bramido de los perros. Recordó la tarde que volvía de recoger nanches en la majada, cuando dos cachorros mestizos de can y coyote lloraban encuevados bajo las raíces de un mesquite.

“¡Qué hermosos!”, pensó la niña. “Me los llevaré a casa”.

Crecieron con ella a pesar de que su padre los llevaba de cacería. Ella los crio con leche de cabra y les dio de mamar en bule de jícara. Tenían tres años cuando el amo los mató. Y trece años tenía Reyna cuando su padre decidió entregarla a José Martínez para que se casara con su hijo Jaime.

Años después, cuando Reyna vio a Marcelo matar a su propio perro, sintió la misma rabia al recordar aquel amanecer en que su padre mató a los suyos.

Y ahora estaba frente a un caballo que resollaba en la tierra, junto a un hombre que, a su juicio, merecía morir igual que debió morir su padre aquella madrugada.

Ladraban los perros en las calles de San Pedro, pero Jaime no los oía. El río abajo sonaba como si hubiera crecienta, a pesar de que la lluvia todavía no llegaba. La música de viento había parado. En cambio, se escuchaban las voces de la gente que se asomaba a ver quién había matado a Chéncho, el vendedor de caballos.

Jaime vio llegar a los hombres. Y vio también a su mujer, que no había reulado ni un paso.

Pobre hombre. Solo Dios sabe lo que pasaba por su cabeza.

La Cuadrilla

1

La música de viento retumbaba en el Tepeyac. Guaño miró las casas de adobe cuesta abajo que se perdían entre los encinos y tlachicones. Desde arriba, La Cuadrilla era solo una mancha de casas salpicadas entre los árboles. Los caminos que las conectaban apenas se podían ver. No así la cancha en medio y en lo alto del pueblo, de donde provenía la música de viento.

En el Tepeyac había una capilla de piedra donde la gente subía a quemar velas para que se les cumpliera algún favor. Guaño había subido antes de que los gallos comenzaran a cantar y se estuvo allí hasta que la vela se terminó de consumir sobre la piedra. Después bajó por un camino que usaban solo los pastores para arrear a las cabras de subida, hasta tomar el camino viejo que lleva a la majada de San Pedro.

Era difícil descender por esas piedras, pero también se llegaba más pronto al pueblo, pensaba Guaño.

Cuando llegó a la cancha se acomodó en una de las bancas de madera junto a la comisaría. La música de viento sonaba, y una docena de hombres enfilaban bailando con espadas de madera imitando una batalla. Era la danza de la conquista en honor a la Virgen de la Candelaria.

Guaño fijó su atención en uno de los hombres que llevaba un penacho de plumas. Antes de volver la mirada hacia dentro y perderla en los pensamientos del recuerdo, apreció el vivo color del penacho.

“¿Será el emperador?”, pensó y lo olvidó casi al momento para recordar el día en que llegó a La Cuadrilla.

Fue el primer maestro.

“Maestro unitario”, decía en su nombramiento.

Ocurrió hace ya varios años, pero todavía recuerda el pizarrón de madera en el que escribía el abecedario y los números con tizas de carbón.

Puede verse escribiendo los signos de operaciones matemáticas básicas y a los niños sentados en las butacas de madera hechas por sus padres. Recuerda las caras de sus primeros alumnos. Ahora son adultos y algunos hasta padres de familia.

La memoria hace que se le dibuje una sonrisa apenas notable en la boca. Las facciones de su cara abandonan la nostalgia y avivan la sangre. Serenidad y nostalgia son posibles en la frontera del recuerdo.

Cuando llegó a La Cuadrilla fue recibido por los padres de familia y un tajo de chiquitillos lo rodeó como si fuera un elegido. Tras una breve ceremonia de bienvenida en la que los campesinos lo miraban curiosos esperando a que el maestro dijera unas palabras, un niño le ganó al silencio y gritó: “¡Que viva el maestro!”. Enseguida lo secundaron los otros niños y se treparon sobre el maestro, que todavía estaba esperando las palabras de bienvenida de alguna autoridad.

Diose cuenta que La Cuadrilla era un asentamiento nuevo, y las primeras familias no habían formado una asamblea comunitaria.

Entonces habló uno de los campesinos:

“Maestro, Don Benito fue a San Pedro a un mandado, pero dijo que lo recibiéramos en su nombre. Por favor, venga conmigo para que coma y para que le muestre su dormitorio”.

Lo instalaron en una casa de varas cubiertas de piedra y lodo. Le dieron un petate, una almohada de tela rellena con ropa vieja y una cobija gruesa pal frío.

“Y pa que no lo coman los mosquitos”, dijo el hombre que lo atendió.

La danza de la conquista se bailaba dos veces al año, según los acuerdos que habían establecido los mixtecos de San Piedrito con la gente de La Cuadrilla para que vivieran en estas tierras.

De allá vino la virgencita como un regalo que los guancos le hicieron a los pastores. Pero ya la gente de La Cuadrilla traían sus costumbres pegadas, y la danza de la conquista la aprendieron en la tierra en que vivieron antes de emigrar. Después, los mixtecos vieron la danza que los pastores hacían en honor a la Virgen de La Candelaria y pidieron que bailaran también en la celebración de San Pedro.

—Allí está el maestro, tío Benito —dijo el topile que le servía de mandadero al líder. —Lo está esperando.

Guaño seguía perdido en sus recuerdos, viendo a los hombres que danzaban.

Don Benito era, pues, el líder, pero solo porque era el mayor de todos. Cuando llegaron al lugar que ahora se conoce como La Cuadrilla, eran dos hermanos muy jóvenes: Benito y José. Ambos con mujeres, pero sin hijos. Después se sumaron otros dos varones con mujeres. Luego otros tres. Y así se fueron arrejuntando y decidieron establecer sus majadas cerca del río que baja de Santa Marta y cruza por San Pedro.

Como eran pastores errantes, nadie sabía con exactitud de dónde venían. Ellos mismos hablaban de que eran gente del oeste, cerca del Pacífico. Otros decían que venían de más al centro. Y como ya habían muerto sus ancianos, su historia se fue quedando en palabras y las palabras se fueron cayendo en el camino.

No había un horario fijo para las clases, recuerda Guaño. Los niños comenzaban a llegar cuando el sol rayaba y se iban cuando el sol se ponía en lo alto, antes de que la sombra cambiara se iban a sus casas porque tenían que llevar la comida para sus padres, que trabajaban al otro lado de cerro Pájaro.

A veces, las mujeres iban a dejar el almuerzo a sus maridos, pero en la comida tenían que ir los niños porque ellas debían quedarse en casa ordeñando a las cabras recién paridas, que no podían volver a la majada hasta que sus crías pudieran andar bien.

Lo que Guaño imaginó la primera vez que los niños dijeron que era la hora de llevar las tortillas a donde los hombres levantaban la cosecha, fue a un grupo de campesinos piscando la milpa, doblando la cañuela y sacando las calabazas para amontonarlas en el centro de la cosecha, igual que como él recordaba las cosechas junto con su padre, allá en Xochitlán, de dónde venía; conocimiento que lo motivó a querer involucrarse en el trabajo del campo.

La semana después de su llegada, el maestro acompañó a sus alumnos a dejarle comida a los campesinos. Recuerda las veredas y el olor de los tlachicones frescos a los que, al volver, los niños les arrancaban las hojas más tiernas para envolver los quesos que sus madres hacían con la ordeña de las cabras.

En aquel tiempo Guaño tenía veinticuatro años. Hijo de mixtecos que vivían al otro lado de la misma sierra en la que ahora se encontraba. Y a pesar de que para su edad ya era un hombre, no estaba casado. Tras la muerte de su padre fue enviado a la ciudad a trabajar para ayudar a su madre y a sus hermanos. Allá se buscó la vida haciendo trabajos de limpieza y hasta aprendió a leer trabajando para un maestro de primaria. Aprendió bien el español y con eso pudo entrar al Magisterio de Educación

aconsejado por su mentor. Así obtuvo su nombramiento de maestro bilingüe, y bueno hubiera sido que lo mandaran de vuelta a Xochitlán, donde su gente también necesitaba educación, pero lo mandaron al pueblo más escondido de la sierra sureña. Allá donde el gobierno todavía no ponía sus intereses y que, años después, entregaron concesiones a empresas privadas que vinieron a llevarse la madera.

Tras encumbrar cerro Pájaro se oía la corriente del río como una garganta que exhalaba en medio de los encinos. Todo era verde y frío. Las colinas se nublaban al amanecer y no había vista alguna que pudiera penetrar la blancura que envolvía La Cuadrilla cuando se acercaba la víspera de año nuevo. Pero todavía era verano, porque las calandrias recién comenzaban a hacer sus nidos, señal de que pronto llovería.

Bajaron hasta el río y cruzaron saltando sobre las piedras que estaban acomodadas para facilitar el cruce de los niños y las mujeres. Desde las piedras, los niños miraban la cascada como una falda de agua blanca que caía en la gran poza formando un borbollón. Cantaban las aves en las ramas de los carnicuiles, apenas por encima de la corriente. La gran cascada opacaba toda voz y todo canto. Y solo cuando los niños iban a bañarse al borbollón, sus gritos y risas hacían eco en las piedras que retajaban el agua.

“Llegamos, maestro”, dijo uno de los niños. Y Guaño vio a sus alumnos entrando a un campo de flores. Los árboles de ocote que rodeaban la siembra protegían a las flores del viento. De modo que, cuando en las otateras se oía chiflar el viento encarrerado hacia la siembra, los ocotes filtraban la corriente de aire que apenas llegaba ligero, acariciando las flores, y estas se meneaban con el frescor del aire y la brisa del agua que caía de la cascada.

Tan maravilloso le pareció aquello a Guaño que no quiso preguntar lo obvio: ¿qué tipo de flores eran aquellas?

Se oyó el tintineo de un cencerro y una manada de cabras se asomó entre los ocotes y encinos. La cabra más vieja cargaba el cencerro. Detrás de las cabras, una mujer apoyada en una vara de cayahue, se asomó. Con la vara hizo ademán de arrear a las cabras hacia el otro lado para que no entraran a la siembra.

Con la camisa manga larga y desabotonada, dejando entrever el vestido café que le llegaba hasta los tobillos, la mujer arreaba las cabras.

Mientras tanto, los hombres en medio del campo de flores levantaron la mirada para ver de quién se trataba.

El viento bajaba de las otateras hasta el pie de los ocotes y la camisa se le abrió como si fueran alas. La mujer hizo ademán de saludar a los campesinos, levantando el sombrero de palma con la misma mano que sostenía la vara. Por encima del hombro donde caía una larga trenza de cabello se vio el cañón de una .410.

“Es un hombre vestido de mujer”, dijo uno de los niños y se rio.

Los campesinos guardaron las navajas de rayar y casi al mismo tiempo alzaron el sombrero correspondiendo el saludo.

Aquella era Reyna Cervantes que andaba buscando un trozo de cabras que se le habían perdido en la majada cerca de San Pedro.

La mujer arreó el trozo con la cabra del cencerro por delante y subieron por cerro Pájaro para encumbrar a La Cuadrilla.

Era la hora de la comida y los campesinos salieron de entre las flores para sentarse a la orilla de una zanja que habían construido para regar la siembra. Bajo la sombra de un guanábano se sentaron en círculo y abrieron los morrales.

“Qué bueno que vino, maestro”, dijo uno de los campesinos.

Ese era Don Benito.

Guaño había escuchado que en la sierra del sur donde el tata gobierno no se asomaba, los campesinos sembraban amapola porque el maíz no les dejaba. Y, aunque la gente de La Cuadrilla se dedicaba a la pastoría de cabras, quisieron probar con el negocio de la goma con el permiso de la gente de San Pedro.

Los de San Pedro sembraban mariguana porque las flores eran difíciles de mantener. En cambio, había un pueblo que todavía pertenecía a sus tierras donde el clima era frío y todo el año parecía primavera. En ese lugar los campesinos se dedicaban únicamente a sembrar los cerros de amapola. La gente de San Pedro exigía un tributo por sus tierras y no se metían en los asuntos de aquellos.

Don Benito quiso probar suerte y habló con los hombres de La Cuadrilla. En aquel año apenas eran nueve hombres con mujeres e hijos. Los chiquitillos apenas alcanzaban los ocho años y las mujeres todavía eran jóvenes.

Así fueron los primeros meses para Guaño. Por las mañanas enseñaba a leer y a contar a los niños y por las tardes le ayudaba a los campesinos a recolectar la goma. Cosa que hacía más para sentirse parte de la comunidad que por ambición de algo.

Un día Don Benito le propuso que formara parte del negocio, pero Guaño no dudó en rechazarlo. Dado que la distancia de La Cuadrilla a Xochitlán era de un mes a pie y una semana a caballo, Guaño se quedaba casi todo el año en La Cuadrilla, con excepción de la víspera de año nuevo, cuando se iba a visitar a su madre y a sus hermanos.

“Si usted quiere, maestro”, le dijo Don Benito, “usted puede hacer dinero aquí con nosotros, ¿Cuánto le paga el gobierno?”.

Guaño agradeció la oferta sin insultar al líder.

“Si un día, maestro”, reiteró el líder de La Cuadrilla, “usted quiere hacerse de un dinerito, aquí le prestamos un pedazo de tierra pa que siembre. Y si se quiere casar,

también lo casamos. Aquí las mujeres ya están ocupadas, pero allá en San Piedrito hay muchas solteras”.

Un día en clases, les pidió a sus alumnos que pensarán en lo que querían ser de grandes. El primero en responder dijo:

“Yo quiero ser carpintero, como el tío Efraín”.

Un coro de risas se levantó y se mezcló con el canto de las calandrias. El maestro pidió silencio.

Otro niño se levantó de su butaca. Tenía la cara manchada de tierra y en la mano sostenía una tiza con la que había estado pintando sobre la madera.

“Maestro, yo quiero ser maestro como usted”.

Guaño sonrió, le pareció que los niños no habían dimensionado la idea de ser adulto y tener un oficio. Ingenuidad propia de la infancia, pensaba en el presente. Pero, después de todo, la carpintería y la herrería también son oficios.

En la ventana de tabla un pajarito saltaba y cantaba. El sol se puso en lo alto y desapareció la sombra que entraba por la puerta. Guaño escribió el abecedario en el pizarrón de madera con una tiza de carbón. Los niños corearon las letras después de su maestro. El eco de voces en el recuerdo devolvió a Guaño a la cancha donde retumbaba la tambora al son de los instrumentos. De nuevo miró a los guerreros danzando.

*Yo soy el emperador,
Amado por su pueblo
Llevo en el corazón
El espíritu y el anhelo
De servir a Quetzalcóatl
Y al gran Tlaloc.
Yo te suplico español
Que emprendas la retirada
Que en la punta de esta lanza
Ya se han posado otras almas
No vaya a ser que hoy
La tuya quede ensartada.*

Tocaron un son de guerra y el hombre con penacho levantó su espada al cielo y corrió en torno a la media cancha de tierra dejando una polvareda. Sus compañeros lo imitaron al acto, formando una línea de guerra.

Era el mediodía y los bailantes estaban a medio ensayo de la danza de la conquista en honor a la Virgen de La Cuadrilla.

A la izquierda estaban los que representaban a los españoles y destacaban por sus dos líderes, que llevaban espejos pegados en el sombrero: Hernán Cortés y Pedro de Alvarado.

Guaño reconoció a don Chilo Rivera, que bailaba de Alvarado, mientras que Cortés era Álvaro Gonzales.

Los mexicanos enfilaron hacia media cancha al son de un toque de guerra. El hombre del penacho soplaba su cuerno de vaca mientras corría girando en la media cancha. Los españoles desenvainaron sus espadas dirigidos por Alvarado y fueron danzando hasta encontrarse con sus rivales.

Se acoplaron al son de la trompeta y la tambora. Chocaron las espadas de madera.

Alvarado recitó unos versos de guerra acompañado de la trompeta. El hombre del penacho le respondió seguido de la tambora. Chocaron de nuevo las espadas. Comenzó la guerra.

“¡Qué hermosa danza!”, pensó Guaño, antes de volver a sus recuerdos.

“Y qué belleza de plumas en ese penacho ¿Será el emperador?”

“¡Maestro, maestro! Llegaron los guachos”, gritó un niño entrando al salón. Guaño se asomó por la ventana de la escuela y vio a los militares entrando a La Cuadrilla.

“Maestro, los hombres ya se fueron”, dijo el niño, “solo queda usted”.

Guaño no entendió lo que quiso decir su alumno. Le tomó de la mano y salieron del aula de clases.

De inmediato, recibió un culatazo y se desplomó sobre la hierba. Los niños corrieron hacia la cancha donde los militares ya tenían a las mujeres sentadas en la tierra.

Cuando Guaño despertó, estaba atado de pies y manos frente a la comisaría donde los militares se habían instalado. Unos guachos estaban interrogando a los niños por separado. Otros a las mujeres. Los niños lloraban, pero no sabían nada. Las mujeres apenas dijeron cosas falsas. Nada que delatara a sus maridos.

“Traigan al maestro”, dijo un guacho.

Le desataron los pies y lo hicieron andar hasta donde estaba el hombre que lo pedía.

“Usted me dirá donde se escondieron los hombres”.

El soldado se irguió en la butaca que le habían puesto para sentarse. Esa butaca en la que uno de los niños había rayado su nombre con una tiza.

“No sé, señor. Hace poco tiempo que llegué a este pueblo y no sé nada de sus costumbres”.

El guacho sonrió. Era teniente segundo del Batallón Regional de Infantería del Sur.

“Usted, como yo, trabajamos para el gobierno y debemos cooperar”, reiteró el soldado.

“No sé, señor. Yo solo doy clases a los niños y no me meto en la vida de los campesinos”.

El guacho desenfundó su navaja y la ensartó en la butaca de madera.

“¿Cómo se llama?”.

“Rogaciano, señor”.

El teniente deslizó la punta del cuchillo por la madera y escribió: “Guaño, ¿así te dicen?”

“Sí”.

Lo encerraron en la comisaría donde lo vigilaban por una pequeña ventana de madeja puesta en la pared de adobe.

Tres días estuvo encerrado sin comer. Solo le tiraron una botella de agua que apenas cabía por la ventana. Día y noche lo vigilaban los guachos. Día y noche las mujeres estuvieron en medio de la cancha sentadas abrazando a sus hijos. Soportaron el frío. Esperando a que los hombres bajaran a dar la cara. Pero, los hombres no iban a llegar sino hasta que se fueran los guachos. Era un acuerdo que habían establecido con sus mujeres: que los niños no supieran donde se esconderían. Ni siquiera todas las mujeres. Solo la mujer de Don Benito sabía dónde su marido se refugiaba con su gente.

Los días que estuvieron allí, los guachos iban y sacaban una cabra y se daban su banquete. A veces, al teniente se le antojaba comer cabrito y los guachos iban a sacar las crías de las cabras recién paridas. Juntaban lumbre con la madera de las mismas casas y corraletas y asaban los cabritos.

A los tres días sacaron a Guaño. Lo llevaron con el teniente, y aquel lo sentó a su diestra para que comiera con él.

“La carne de las crías es la mejor porque es la más tierna”, dijo.

Guaño agarró la costilla asada y comió en silencio.

“¿Sabe cazar?”, preguntó el teniente.

La Colt de acero inoxidable le brillaba en la cintura.

“Cuando era más joven cazaba con mi padre”.

“Entonces me acompañará a una arreada esta noche. Mis hombres han encontrado huellas de venado al otro lado del río”, dijo el soldado.

Al oscurecer, un guacho le dio una linterna de aceite a Guaño y lo echó por delante. Se formaron dos grupos de caza. En el primero estaba el teniente, al que le apodaban el Tigre. El segundo grupo era de cinco soldados rasos armados con Winchester 30-30.

“Aquí traigo al maestrito”, dijo un guacho picándole las costillas con el cañón de su rifle.

“¿Y cómo va a cazar si no trae arma?”, preguntó el Tigre. “Denle un machete, aunque sea ino sean cabrones!”.

De volada un guacho se acercó con un machete.

“Tenga”, dijo el Tigre teniente, “yo le presto mi carabina, que al cabo, yo, con esta Super la hago. Mire que ya me he echado varios con esta .38 güera”.

Guaño agarró la 30-30 del teniente con las dos manos. Al sentir el peso del fierro recordó cuando su padre le enseñó a disparar.

Aquel era un Marlin .22 de un tiro con el que su padre espantaba los zanates en la milpa.

“Mira, mijo, así”, le decía su tata mientras apuntaba.

Allá en la milpa, cuando Guaño apenas era un muchacho de doce años, su padre le dejaba el Marlin pa que espantara a los zanates que querían arrancar la milpa tierna.

“La culata bien pegada al hombro, que al cabo esta arma no pateo como la escopeta. Esa sí tenle cuidado. Siempre el arma con el cañón al suelo o al cielo, y con el seguro puesto. A menos que vayas a tirar.

Siempre un paso adelante y vista a los lados. Que nunca se te olvide que en el monte el cazador también es presa. Apunta. No tardes mucho porque el ojo se cansa de dudar y falla.

Dispara”.

Eso le decía su tata cuando Guaño apenas se estaba haciendo hombre labrando la tierra. Cuidando la milpa. Sacando la zanja pa regar la siembra.

“Tiene usted suerte de ser ahora mi amigo”, dijo el Tigre, “porque nosotros seremos los tiradores, y los del otro grupo serán los arreadores”.

Guaño asintió, acomodándose la 30-30 en el hombro.

Salieron rumbo a cerro Pájaro, donde los guachos decían haber encontrado el rastro de los venados.

Una vez llegaron a la cima del cerro, oyeron ladrar quedito a unos perros por encima de la corriente del río, que sonaba como si llevara mil voces arrastrando en sus entrañas. La corriente se acrecentaba y confundía a los guachos, ahogando los ladridos en el borbollón.

A esas horas de la noche, el agua que caía a través de la cascada al borbollón se podía escuchar hasta en los peñascos que colindan con Santa Marta, allá donde los brujos amarraban sus maldiciones. Era en esos peñascos donde las cabras de los pastores se iban a refugiar en tiempos de lluvia, cuando la creciente del río no los dejaba regresar a La Cuadrilla, y donde los hombres ahora se escondían. Llevaban machetes y rifles. Comían *cuita* de caballo y colitas de iguana, esos bejucos tiernos que colgaban de los otates, para callar la barriga. Apenas tuvieron tiempo de agarrar

memela. Los perros, en cambio, lamían las piedras de las cuevas. Chupaban los huesos viejos de las cabras sacrificadas por los brujos de Santa Marta. Así pasaron los días y las noches escondidos en los peñascos. Desde allí escuchaban el murmullo del río que apaciguaba las voces de los militares al otro lado.

“Callen a esos perros”, ordenó don Benito.

“Sssht, *kokolishtle*, ¿no te callas?”, dijo uno de los campesinos. Sacó de su morral medio pedazo de tortilla y se lo tiró al perro que ladraba. Los otros perros permanecían echados cerca de sus amos.

Don Benito vio las linternas que bajaban de cerro Pájaro y se ahogaban en el río.

En el día, desde su posición, los campesinos podían ver la siembra y la cordillera de árboles río abajo. La blanca falda de un vestido de agua que semejaba una novia caía desde la punta de cerro Pájaro y brotaba entre las rocas formando el borbollón.

“Cuando pasemos el río todos apaguen sus linternas”, ordenó el teniente.

Los guachos cruzaban saltando sobre las piedras, igual que lo hacían los niños cuando iban a dejar la tortilla a sus padres.

“¡Alevántense!, los guachos andan cerca del río”, dijo don Benito.

Los perros alzaron las orejas como si la orden también fuera para ellos. Los campesinos echaron mano a sus rifles y escopetas.

“Paren bien las orejas porque esos cabrones apagaron sus linternas en el río”, dijo el líder. “Crean que somos pendejos. No saben que soy venado viejo”.

Al cruzar el río, el Tigre les dijo a sus hombres: “Truchas porque seguro que esta noche cazamos lobo por ciervo, ¿o usted qué opina, mi maestrito?”.

Guaño había escuchado al perro cerca de los peñascos, pero ni él sabía cómo llegar allí. Solo había escuchado a los niños contar historias de los brujos de Santa

Marta que iban a hacer sus ofrendas al diablo. Que nadie más que los brujos entraban a esas cuevas. Allí la gente de Santa Marta había construido un altar de ofrendas al malo.

Al tercer día que los campesinos se refugiaron en las cuevas, uno de ellos encontró el altar del diablo en un recoveco. Había veladoras quemadas y plumas de gallina negra regadas por toda la cueva. Sobre una mesa de otate amarrada con yacua había semillas de frutas que los brujos dejaban al *patrón*, pero los murciélagos se las comían. El hombre que encontró el altar era Camilo, quien, al ver una media de aguardiente, quiso robarle un trago al diablo.

“¡Deja eso! No ves que estamos de arrimados en su casa y tú ¿le quieres robar un trago al *amigo*?”, dijo don Benito.

Los guachos cruzaron a ciegas el plantío de amapolas y se internaron entre los ocotes que llevan a los peñascos. Había caminos que las cabras hicieron al andar. A cada paso que daban los guachos miraban a los lados, apuntando.

Guaño no entendía cuál era su papel en ese momento, hasta que el Tigre dijo: “Echen al maestro por delante y síganlo”.

“Pero yo no conozco el camino”, dijo Guaño.

“Usté camine y no mire atrás porque le pego un tiro”.

Con la 30-30 en mano, Guaño avanzó en dirección a los peñascos. Iba sudando a pesar del rocío que mojaba la hierba. El sereno de la noche le humedeció los hombros. Los huaraches se atoraban en las raíces y lo hacían tambalear. En una de esas, un guacho se acercó para darle un cachazo en la espalda. El golpe le hizo caer de rodillas y soltó el 30-30.

Guaño sintió el fierro frío en la nuca. Los párpados le temblaron y sus ojos se abrieron como si quisiera ver más allá de la absurda noche.

Todo estaba en orden. Las chicharras tiritaban. El río se escuchaba tan cerca, aunque llevaban media hora caminando hacia los peñascos.

“Si usted quiere matarme, máteme, pero yo no sé a dónde lleva este camino”, dijo Guaño.

“Le dije que caminara”, retomó el teniente Tigre.

“Mejor máteme, señor. Aquí mismo déjeme”.

“Hay que cumplirle el capricho”, dijo el guacho que le apuntaba.

“Sssht... Guarden silencio”, susurró el Tigre.

Oyeron tronar una rama, y los guachos apuntaron adelante. Nada. De pronto, unos pasitos como de armadillo, acercándose.

Sin saberlo, Guaño los había llevado por el camino que conduce a la majada de San Pedro. Esa majada era de Reyna Cervantes, y esa noche había dejado al pastor cuidando los chivos porque ella y su marido se habían ido a San Pedro.

“Debe ser un venado”, susurró un guacho.

“Anda averiguar”, dijo el Tigre.

Todavía Guaño estaba de rodillas sobre la hierba cuando el guacho se adelantó. Andaba y miraba, aunque la vista apenas le daba pa distinguir los troncos de ocotes que se alzaban hasta los siete metros. Nadie debía encender la linterna para no arruinar la estrategia del teniente, que no quería que los campesinos le vieran llegar.

A pocos metros estaba la majada de chivos y el pastor de Reyna dormía sobre una piedra desde donde al amanecer pudiera ver los chivos que estaban encerrados en el corral.

La casita en medio del corral estaba en calma.

De nuevo se oyó tronar una vara y los pasos avanzaron rápido hacia la majada. El guacho por delante estuvo a punto de hacer un disparo cuando el teniente lo paró.

“Es una cabra”, dijo el Tigre. “Significa que hay gente por aquí cerca”.

Sería acaso medianoche cuando los guachos alcanzaron la majada. Las cabras masticaban en silencio. Otras resoplaban.

El pastor escuchó a los hombres avanzando en medio de las cabras. Cayeron los trastes dentro de la casa de jaulilla. Patearon cubetas y levantaron el petate donde nadie dormía.

“Prendan sus linternas”, dijo el teniente.

Desde lo alto de la piedra donde dormía, el pastor vio las luces moviéndose adentro y afuera de la corraleta.

“Serán ladrones o andarán buscando a la patrona”, pensó. “Porque ella siempre anda armada y muchos le tienen muina”.

“¿De quién es esta majada?”, preguntó el teniente.

Guaño dijo que no sabía, que no conocía el lugar donde estaban.

Ya le habían quitado la 30-30.

El guacho que se la quitó le dio una cachetada: “¡Habla!”.

“Ya les dije que me maten si quieren. Yo también soy hombre como ustedes, aunque elegí ganarme la vida de otra manera”.

Con esas palabras lo recordarían en La Cuadrilla. Esas palabras que más tarde el pastor de Reyna contaría a don Benito.

“El maestro es un hombre de valor”, dijeron las mujeres de los campesinos.

“De esos hombres poco nacen”, dijo el líder de La Cuadrilla cuando el guanco pastor le relató lo que había visto y oído esa noche.

Al amanecer, los guachos chaponaron la siembra y la quemaron. Habían dejado al maestro amarrado en medio de las cabras. El guanco pastor lo desató y le dio de beber leche de cabra pa que se le curaran pronto las heridas.

Desde lo alto de los peñascos, en la boca de la cueva del diablo, don Benito y su gente vieron arder la siembra. El humo se alzó opacando la novia de agua que nacía en

cerro Pájaro. La lumbre era tanta que hacía tronar las varas a su paso, y ni el río pudo callar ese sonido que las flores emitían al quemarse.

Guaño también vio la humareda a lo lejos.

“Mañana lo llevo pa La Cuadrilla”, dijo el pastor.

Cuando llegaron, ya los guachos se habían marchado. Pasaron dos días para que los campesinos pudieran acercarse a La Cuadrilla.

No hubo cosechas esa temporada y don Benito decidió que para probar suerte una vez era suficiente. Aunque antes ya habían cosechado y vendido un cargamento con unos amuzgos de Huehuetónoc, que se encargaban de recolectar la mercancía en toda la sierra.

“Dios nos ha hecho pastores de nacimiento, y seremos pastores pa siempre”, dijo el líder a su gente.

Y el maestro pasó a ser su consejero.

Han pasado muchos años desde entonces y ahora la anécdota de cuando los guachos llegaron a La Cuadrilla se cuenta muy lejana.

“Hoy también es domingo, como aquel día”, pensó Guaño mirando a los bailantes en la cancha. Y en ese instante un muchacho de San Pedro llegó a la comisaría para entregar un papel que mandó el secretario Municipal a nombre del maestro Rogaciano.

La muerte de Moctezuma

1

Chilo Rivera tenía fama de buen bailante. Buen Alvarado. Se agachaba para verse los huaraches de cuero. Echaba la espada por delante y el escudo al costado. Una vuelta a la izquierda, al ritmo de la trompeta. Un son de doce pares de Francia.

Ya iba siendo hora de bailar la cadenilla.

Los dos ejércitos de bailarines formaron dos filas. Delante de los mexicas, el emperador Moctezuma seguido de Cuauhtémoc. En medio de los guerreros danzaban la Reyna y la Malitzin. Del otro lado, Cortés dirigía a sus soldados. Pedro de Alvarado y Grijalva comandaban de este a oeste. Lado a lado, se giraron con espada en mano.

Trece hombres a la izquierda con escudo y espada. Siete sones, y cinco batallas para que la guerra termine.

A la derecha, diez guerreros protegían a la Reyna y al emperador Moctezuma.

Malitzin, la traidora. La embajadora de los mexicas ha vuelto.

Se la había llevado el negro español. Por eso mandó el emperador a su mejor guerrero a pelearla. Ese es el negro mexicano. Marcha de guerra para los negros. Ambos ejércitos, de lado a lado, dejaron bailar a sus guerreros.

Se fueron acercando a la media cancha.

Un paso adelante y escudo al costado.

Espada al aire, media vuelta y avanzando.

Se fueron juntando hasta quedar de frente.

Escudo y espada en mano.

Comienzan a versar.

—¿Le gusta la danza, maestro? —preguntó don Benito.

“A pesar de los años este hombre sigue siendo igual que cuando llegué a La Cuadrilla”, pensó Guaño, antes de darle una respuesta:

—Me emociona ver que cada bailante representa a su personaje con orgullo.

—Es la fe, maestro. La fe a la virgencita.

Delante de ellos, los dos guerreros que peleaban a la Malitzin recitaron versos de relación antes de astillar sus espadas de madera.

—Andenante vino un guanco de San Pedro a dejar un papel para usted, maestro.

Guaño tomó la hoja de papel envuelta en una bolsa de plástico. Abrió el pergamino y lo leyó en silencio

—Así que se va, mi amigo —dijo don Benito.

Es la primera vez que lo llama amigo.

Delante tenían a los dos guerreros que se batían en duelo mientras la banda de viento los animaba con el sax y la tambora.

—Un año más, don Benito, me quedo un año más con ustedes y me devuelvo pa mi tierra. Allá me espera la mujer con la que voy a matrimoniarme.

Los dos miraron a Moctezuma levantarse de su trono de madera para ver triunfar a su guerrero en la cancha de batalla. Las plumas de su penacho se balanceaban con el viento. La reina se puso de pie, y tras ella, todos los guerreros mexicas.

Triunfante, el negrito mexicano recitó unos versos de gloria y la Malitzin le fue entregada. Tocaron son de retirada para el negro español, y luego son de gloria para el mexicano.

La Malitzin se puso delante del vencedor y ambos emprendieron el camino hacia donde estaba el emperador.

—Ya van a bailar la chilena —dijo don Benito. —Y luego, la cadenilla.

La gente que estaba mirando siguió los pasos de la Malitzin y del Negro que se fue dando de vuelta al ritmo del sax y la trompeta.

—Un año más, don Benito. Ya va siendo hora de irme con mi gente, pues mi madre ya murió y mis hermanos ya son hombres —dijo Guaño.

El emperador recibió con un verso a su guerrero y le pidió a la Malitzin que se sentara a su lado.

Era el momento de la danza en que el negro mexicano y la Malitzin debían bailar una chilena con la venia del emperador.

El maestro de música dio la señal y cuando el de la trompeta se soltó, sonaron los balazos.

Todos los bailantes corrieron fuera de la cancha con espadas en mano.

“¡Han matado al emperador!”

“¡Mataron a tío Genaro!”, gritó la que bailaba de reina.

“Allá va el guanco que lo mató”, gritó tío Chilo Rivera, señalando con su espada al matón.

Era un guanco de Santa Marta el que había matado al emperador.

El día antes de que lo mataran, el tío Genaro, como todos lo conocían en La Cuadrilla, andaba tomando en una cantina de San Pedro. Allí también estaba tomando Martín, el guanco que lo mató.

Según dicen los que vieron, el pleito empezó porque su mujer de Martín, quien fuera sobrina del tío Genaro, entró a la cantina para decirle a su marido que ya se fuera a dormir.

Martín quiso demostrar que, en su casa, como en cualquier lugar, su mujer no le mandaba. Y no le importó que el tío de su mujer estuviera entre los presentes aquella tarde.

Abofeteó dos veces a su mujer y la sacó a rastras de la cantina. Fue entonces que el tío Genaro lo tomó del cuello y lo sentó de un puñetazo.

“Vete pa La Cuadrilla”, le dijo a su sobrina. “Y tú”, le dijo a Martín, “ya va siendo hora de que te separes de mi sobrina, pues todos me han dicho las humillaciones que le haces. Mira cómo la tienes de maltratada. Si te veo en La Cuadrilla, seguro que te mato”.

Martín no era de San Pedro, sino de Santa Marta, pero le habían permitido vivir allí a pesar de que su gente peleaba el agua del río con los de San Piedrito.

De niño, Martín se había criado en ambos pueblos. Sus padres cuidaban los chivos de los pastores de La Cuadrilla y desde que murieron por la viruela, la gente de San Pedro le dio un solar y tierra pa que se hiciera ciudadano del pueblo.

Era sabido también que Martín era valiente, a pesar de no tener familia. Cuando se emborrachaba amenazaba con a matar las cabras de los pastores.

“¡Pa que se vayan de aquí esos forasteros!”.

“¡Que se regresen pa onde vivieron!”

Se casó con la sobrina de Genaro porque los guancos de San Pedro así lo pidieron, que para darle una tierra a Martín debía tener mujer, y si ellos ponían la tierra, que La Cuadrilla diera a una de sus hijas. La única mujer soltera era la sobrina del tío Genaro, cuya hermana había muerto durante el parto.

Ya le habían dicho al tío Genaro que tuviera cuidado con ese guanco, porque ese era malo. Hablaba mucho y solo estaba buscando un motivo pa matar a cualquiera.

Pero tío Genaro no hizo caso, pues él ya era hombre de respeto en La Cuadrilla y en San Piedrito, por eso la mayordomía que fuera lo dejaba bailar de Moctezuma en la fiesta de la Virgen de la Candelaria. Porque desde la primera celebración, él, junto con tío Chilo Rivera y Álvaro Gonzales, dirigían los ensayos de la danza.

—Eso que tú hiciste no está bueno, Martín. Te va a castigar la virgen porque mataste un hombre bueno nomás porque te pegó. Tú tienes la culpa por maltratar a esa mujercita. ¿Que no ves que ellos te la dieron pa que te casaras y tuvieras tierra? Andenante pasaron dos hombres de La Cuadrilla rumbo a San Pedro. Seguro van a hablar con el comisario pa que te apresen —dijo Chen.

En la majada de Artemio, el viejo Chen había juntado los chivos para poder lazar un primal que su patrón le había encargado.

“Un primal y tres puntas”, le dijo antes de irse pa La Cuadrilla.

Chen era un viejo pastor de San Pedro que Martín respetaba porque fue amigo de su padre. Las tres puntas ya estaban amarradas junto a las cabras paridas. Pero el primal era mañoso y se agachaba entre las cabras esquivando el lazo.

—Dame dos cabras pa que yo las venda en Santa Marta y me pueda fugar pa otro lado —le dijo Martín.

—Con el perdón de tu tata yo no te puedo dar las cabras, Martín. Eso que tú hiciste no está bueno, mijo. Además, mañana va a regresar el patrón y ¿qué cuentas le voy a dar?

—Son muchas cabras, apá Chen, y ese Artemio ni cuenta se va dar.

Era la primera vez que le decía apá, y el viejo pastor vio al padre en el hijo. Cantaron las burracas allá por las otateras. Las cabras dejaron de correr y el primal se quedó quieto cerca de la tranca. El viejo Chen agrandó el lazo y se lo acomodó en el hombro. De perfil, con una mano en el lazo y la otra sosteniendo el rollo de reata, tiró en dirección a los cuernos que se asomaban entre las cabras.

—Tu tata era un hombre bueno, Martín. Él nunca mató ni robó nada. Nosotros semos pastores porque la gente de La Cuadrilla nos dio confianza pa que le cuidemos a sus animales. Será mejor que sigas tu camino y yo no voy a decir que te vide.

El primal forcejaba con la reata en los cachos.

—No lo hago por ti, Martín. Aunque tú ahora me llames tata. Yo no soy tu tata
—prosiguió el viejo Chen tirando de la reata y acercándose al primal.

Era un primal blanco de dos años. Tenía los cuernos encallados porque le gustaba pelearse con otros machos que sí se podían rifar con las hembras.

—Ta bueno, tata Chen, me voy. Pero de allá arriba mi nana está viendo que tú no me ayudaste.

—No blasfemes la gloria de tu mamacita. Ya mucho hiciste con hacerme recordar a tu padre.

—Ta bueno, viejo. Solo una cosa te pido: que si me matan, le des nombre a mijo cuando nazca.

Los hombres de La Cuadrilla se juntaron en la comisaría y decidieron ir a San Pedro a buscar a Martín. Don Benito propuso que primero era necesario hablar con el comisariado de San Pedro para que este lo detuviera en su jurisdicción. Salieron pues, don Benito y su gente atrás, armados rumbo a San Pedro a ver al comisariado.

Guaño tuvo por encargo de don Benito quedarse en la comisaría y redactar un oficio para el ayuntamiento municipal donde se pedía la intervención de la policía motorizada. Sin embargo, pasarían al menos dos semanas para que estos llegaran.

Por la noche, cuando velaban el cuerpo del tío Genaro, Guaño le preguntó a tío Chilo Rivera si era la primera vez que pasaba una desgracia como esa en La Cuadrilla.

Tío Chilo le explicó que no habían tenido difunto desde que mataron a Cheque, hijo de Artemio.

—La muerte de ese muchacho trajo como consecuencia que tuviéramos panteón en La Cuadrilla.

Dado que tío Genaro era el segundo en fallecer, el panteón estaba casi abandonado. Nadie iba a limpiar la parcela donde figuraba la cruz del hijo de Artemio.

Cuando don Benito regresó de San Pedro con sus hombres ya era medianoche. Toda la gente estaba reunida en casa del difunto. Al llegar, don Benito dio la orden de que todos los hombres se reunieran en la cancha para establecer una arreada desde cerro Pájaro hasta Santa Marta en busca de Martín.

Las mujeres rezaban el cuarto misterio acompañadas de la banda de viento. Desde que pasó la demala, algunos bailantes se habían convertido en soldados armados con escopetas de un tiro.

Guaño se levantó de su silla cuando escuchó la orden de don Benito, luego entró a la cocina de madera donde las mujeres calentaban el chocolate y preparaban más café de olla. La mujer de don Benito le preguntó si quería más café o chocolate. Antes de responder, Guaño vio a la mujer de Martín sollozando cerca del metatetl.

—Está preñada, maestro —dijo la mujer de don Benito. —La pobre no ha comido nada. Ella piensa que tiene la culpa, pero yo le digo que solo Dios manda en esta cuadrilla. Ni siquiera los hombres. Los hombres solo traen desgracia pa las mujeres. Vaya usted a saber qué le van a hacer a ese guanco si lo agarran. Como quiera no deja de ser familia. No deja de ser el padre de esa criatura. ¿Y ella? ¿Qué culpa tiene ella? Le desgraciaron la vida.

Cada palabra de la señora Juana le hizo pensar en cómo había muerto su padre y las angustias que su madre soportó. Decían que a su tata lo habían matado de brujería porque no le podían sus enemigos. Y aunque él ya era un muchacho cuando eso ocurrió, su madre lo mandó a la ciudad para ganarse la vida y así evitar que las habladurías de la gente lo incitaran a la venganza.

Y era verdad que Eustaquio Castillo, el padre de Guaño, había matado a un bandido que quiso robarle una vaca. Demala que pagó con un año de trabajo comunitario. Pero a Guaño no le gustaba recordar a su padre de esa manera, sino por lo que contaban sus amigos y lo que él mismo veía en la fiesta de su tierra, cuando su padre servía de lazador en el rodeo de toros de reparo. No había hombre que domara potros más broncos, ni fuera capaz de arrastrar toros más bravos con esa bestia mular que don Eustaquio Ramiro montaba.

Afuera los músicos bebían aguardiente y contaban historias del tío Genaro. Hablaban de su papel como emperador Moctezuma en la danza. Decían que su milpa ya estaba espigando y pronto el ejote estaría bueno pa cortarlo.

Guaño pidió más café y salió de la cocina.

“Pobre mujer”, pensó. Y en ese momento creyó entender el dolor de su madre cuando le dijeron que a su marido lo mataron de brujería para vengar la muerte de aquel ladrón.

Cuántas noches no la escuchó sollozar al otro lado de las paredes de barro y a la mañana siguiente el comal ya estaba puesto y las tortillas en el moral para que él y sus hermanos se fueran a chaponar la tierra donde iban a sembrar.

6

—Maestro —dijo don Benito. —Nosotros nos vamos pa Santa Marta a buscar a Martín. Andenante vino el pastor de Reyna Cervantes a decir que lo vio pasando por la majada de Artemio. Si le cortamos camino, seguro que lo alcanzamos antes de que aclare el cielo. Usté mande al topil que se vaya a dejar el oficio al ayuntamiento, en caso de que agarremos a Martín se lo entregamos a la justicia. Aunque me duele lo que hizo, nosotros no vamos a hacer como esos guancos de San Pedro que cuelgan y le quemán los pies a los que matan.

Era la hora en que empezaban a alumbrar las luciérnagas cuando los hombres cargaron sus escopetas y enfilaron hacia cerro Pájaro. Desde allí tomarían el camino viejo que va derecho a Santa Marta, evitando la majada de Reyna y de Artemio.

Hacía tiempo que nadie andaba por el camino viejo, desde que empezaron a perderse las cabras y luego los caballos, hasta que le tocó a la mujer del viejo Chen.

Cuentan que la mujer de Chen fue a Santa Marta porque le dijeron que allá vivía una bruja que podía ayudarla a preñarse. Ella quería darle un hijo a su marido, aunque

él ya se había resignado. Dicen que la vieron pasando cerca de los peñascos, y que iba cargando un manojo de velas. “La mujer con un reboso en la cabeza”, contó el pastor que la vio de lejos.

Se anduvo diciendo que la mujer de Chen se fue con un brujo de Santa Marta porque él no le pudo dar hijos. Otros decían que se fue con el diablo. Lo cierto es que nunca llegó a Santa Marta. De los chivos y los caballos tampoco se supo nada. Ni rastro de hedor o sangre que diera una señal de muerte por robo o accidente.

Martín vio dos linternas adentrándose en los peñascos.

“Allá vienen”, pensó. “Vienen a matarme porque yo soy solo un guanco sin nadie que le llore. Mi mujer está preñada, pero no de mí. Yo sé que ese hijo es del hombre que maté, pero ella no me quiso decir nada”.

Por eso le pegaba, para que le dijera la verdad. Pero ella no había querido hablar por amenazas de aquel hombre. “Ahora yo soy el malo. Eso andan diciendo, que yo maté a Genaro solo porque me pegó. No saben que yo le traiba muina porque él entraba a mi casa y se acostaba con mi mujer cuando yo me iba a cuidar la milpa”.

Pobre mujer, por eso lloraba cuando se acostaba con él. Pero un día que Martín regresó de la milpa y de lejos lo vio entrar a la casa. Lo vio colgar su sombrero en la puerta y entrar hasta la cocina donde estaba su mujer. “Todo lo vide, mujer. Pero nadie me iba a creer si lo contaba. Por eso yo te pegaba. Hasta que se llegó la hora. Aunque digan que maté a un hombre bueno”.

Martín había decidido quedarse cerca de Santa Marta para ver llegar a los hombres que lo fueran a buscar. No quería que lo encontraran en la vieja casa donde vivieron sus padres. Aquella casa que él no quiso vender con la esperanza de que un día volviera a vivir en Santa Marta. Allí atravesó su infancia entre el olor del adobe y las buganvillas que su señora madre regaba en el patio. Fue creciendo entre las cabras

que sus padres cuidaban para la gente de La Cuadrilla. Hasta que se hizo un muchachito se fueron a vivir al otro lado de San Pedro, donde habían establecido una nueva majada. Entonces andaba cada tercer día por los caminos de San Pedro a Santa Marta con su morral de maíz para darle de comer a las gallinas que su madre tenía en la casa. Poco a poco se las fueron llevando a la majada hasta que la casa quedó totalmente en silencio. Y todo para que los gavilanes se comieran los pollitos. Por eso siempre andaba Martín con su charpe espantando a los gavilanes que bajaban hasta donde las gallinas andaban rascando la tierra. Y de noche había que estar pendiente de los tlacoaches que se llevaban los pollitos. Por eso Martín quería volver a Santa Marta.

Hasta que vino la viruela. Primero enfermó su madre, después su viejo. Pasando los ocho días ya los estaban enterrando. Poco tiempo después lo casaron en La Cuadrilla, aunque él hubiera preferido casarse con una mujer de Santa Marta.

Pobre muchacho, quizás otro fuera su destino.

Los siete hombres que fueron a darle búsqueda a Martín se dividieron en dos grupos. Por órdenes de don Benito, en el primer grupo estaba tío Chilo Rivera y le acompañaba un pastor de San Pedro, además de Álvaro Gonzales. El segundo grupo era liderado por el mismo don Benito y su compadre Juan Guerrero, quien fuera hermano de don José Melecio Guerrero, conocidos como los hermanos Guerrero cuando llegaron a La Cuadrilla. Además, iban con ellos Bernal y Rigoberto Jaramillo. Estos dos muchachos fueron los últimos en anexarse a La Cuadrilla y se respetaban de primos, aunque provenían de lugares diferentes. Es decir, no se habían emparentado en La Cuadrilla, sino que, haciendo un recuento de sus historias de familia, cayeron en cuenta de que ambos eran bisnietos de un tal Marcelo Jaramillo, hombre que se dedicó a la pastoría allá en el noreste del país.

“La familia se fue regando, primo”, concluyeron, y desde ahí se han respetado como familia.

Subieron por la cañada donde desaparecían las cabras, allí tío Chilo Rivera dijo que ellos iban a dar la vuelta a la cañada para salir más arriba de Santa Marta, de modo que le ganarían a Martín si este escapara hacia el norte. Don Benito estuvo de acuerdo y ellos siguieron el camino viejo que llega a la entrada principal del pueblo, donde se reunirían con el comisario de Santa Marta.

Subieron, pues, por la cañada, tío Chilo y Álvaro Gonzales, delante de ellos iba el guanquito que solo llevaba machete. El monte había crecido y en partes el camino se perdía entre zarza y hierba, de modo que el hombre por delante iba chaponando la hierba.

Las luces que Martín veía eran del grupo de don Benito. Y estuvo pendiente de advertir hacia donde se dirigían. No contaba con que tío Chilo Rivera le cayera por la espalda.

Oyeron el peso de un animal que saltó de arriba de un peñasco, luego el ruido entre la hierba haciendo tronar las varas a su paso. Tío Chilo apartó al guanco con la misma escopeta que apuntaba hacia al frente. El animal siguió el camino y pareció detenerse más adelante.

—Debe ser un tigre —dijo Álvaro.

—Tigre no hay aquí —dijo el pastor. —Ese es el malo que anda a caballo.

—Será muy malo o miedoso —sonrió Álvaro Gonzales, y escupió la hierba por delante.

Tío Chilo no había dejado de apuntar al frente, tenía la impresión de que el animal los estaba acechando más adelante.

—No sabemos que es, aunque por el peso y la velocidad parece que es algo grande. Un tigre acaso, porque un venado por viejo que sea no golpea la tierra tan fuerte cuando salta.

Un paso adelante y apuntando, tío Chilo Rivera por delante y el guanco detrás con el machete listo. Álvaro también apuntaba con la 410, pero esta se atoraba entre los bejucos porque era muy larga. No podía maniobrar entre la hierba.

De nuevo se escuchó al animal saltar, ahora entre las ramas de un árbol. El guanco siguió diciendo que ese era el malo. Era como si sacudieran las ramas de árbol en árbol.

—Será un chango —dijo tío Chilo. —Estas tierras nunca se han explorado por completo.

Apuntaban al frente y arriba. Los pasos de la bestia cambiaron, y cuando apenas se le oyó sobre las hojas secas, tío Chilo hizo el primer disparo.

El balazo de su escopeta arrasó con la hierba y dio en un manchón de tlachicones que estaban retoñando. Hubo un breve silencio antes de que las ramas volvieran a tronar. Álvaro Gonzales tiró con su 410 y supo que pegó porque pareció que todo el árbol se derrumbó al instante.

En ese momento las linternas se apagaron. En el alto cielo las estrellas brillaron con más fuerza. La media luna sonreía detrás de unas nubes en forma de colinas. Donde el animal cayó ya no se escuchó ningún ruido. Se acercaron con escopeta en mano, tío Chilo delante y Álvaro detrás. A unos metros, pero no tan lejos, el guanquito intentaba prender de nuevo las linternas.

La luz de la luna se filtró entre las copas de los árboles y lo que esos hombres vieron fue lo que contaron más tarde: que un gran tigre jadeaba en el suelo entre las ramas quebradas de un árbol.

Sin embargo, la mañana del día siguiente velaron a una señora en Santa Marta. Tenía heridas de escopeta en el pecho y en la barriga.

Dejaron a la bestia jadeando más por miedo que por compasión. “Mejor hubiera sido rematarlo”, pensó Álvaro Gonzales, pero tío Chilo Rivera dijo que de todas maneras el animal moriría antes del amanecer.

—Ese era nagual —dijo el guanco. Y los dos hombres pensaron en lo que dijo. Habían escuchado que la gente de Santa Marta no solo hacía ofrendas al diablo, sino que se convertían en animales y cazaban las cabras en los peñascos. Pero estaba prohibido hablar de eso en La Cuadrilla, don Benito decía que a esa gente habría que respetarla.

Salieron de la cañada, pero ya traían el aire encima, el guanco les había pegado el miedo. Adelante iba tío Chilo sin decir palabra. Álvaro todavía se quejaba de vez en cuando y escupía delante de sus pasos pensando que aquella bestia les traería la demala.

Cuando llegaron al camino al norte de Santa Marta, las linternas se volvieron a apagar, pero esta vez se les había terminado el aceite.

—Ya no las prendas —dijo tío Chilo —que al cabo pronto va a amanecer y ya llegamos.

El guanco vio a Martín arriba de un mesquite que se asomaba hacia Santa Marta. Abajo las casas de adobe y madera ordenados a la orilla del río ya se iluminaban por la lumbre que las mujeres juntaban de madrugada. Iba siendo hora de que los campesinos se fueran al campo porque, a pesar de que se les juzgara de brujos, la gente de Santa Marta también se dedicaba a la siembra de maíz. Y era cierto que los rituales con cabras eran comunes porque ellos, a diferencia de la gente de San Pedro, le ofrendaban al señor del fuego, al señor del agua y al viento que se arremolinaba en los peñascos. Pedían permiso para cazar, para cultivar la tierra y para cortar los árboles. Fue así por un tiempo hasta que empezaron a emparentarse con otros pueblos y adoptaron las tradiciones de la iglesia, después de todo, el pueblo se llamaba Santa Marta.

—Allí está —dijo el guanco en voz baja señalando el mesquite. —Es él.

—Vamos a rodearlo —dijo tío Chilo.

Se acercaron despacio sin perder de vista al hombre, que parecía una iguana abrazada de la rama. Miraba hacia el pueblo, Martín, esperando ver a los hombres que iban a entrar a su casa. Desde allí, podía ver su casa a la orilla del río. Ya no había plantas y la hierba había crecido en el patio. En eso estaba cuando oyó la linterna que se quebró sobre una piedra. El guanco había tropezado en la oscuridad con un manchón de tlachicón.

De inmediato, supo que le habían caído por la espalda. Bajó como los garrobos por las ramas y se aventó hacia los arbustos. No soltó el morral donde cargaba la pistola. Se levantó y corrió hacia la barranca.

—¡Párate ahí! —gritó tío Chilo.

Sonó la 410 de Álvaro Gonzales apostillándose entre los encinos. Martín respondió con su nueve escuadra.

En la entrada del pueblo, don Benito y el comisario de Santa Marta oyeron los balazos y subieron hacia el mesquite.

Se fueron acercando los dos bandos, uno por abajo y el otro desde arriba. Y Martín, herido de un brazo, se escondió en la barranca. Desde ahí vio el último amanecer sobre las casas de Santa Marta. Escuchó a los perros que ladraba acercándose a su guarida. Vio la casa de sus padres en la orilla del río y creyó oír a las gallinas cloqueando en el patio. Imaginó a su madre podando las buganvillas para que no se enredaran en la puerta. Lo vio afilando el machete mientras él, Martín, era un niño persiguiendo a los pollitos en el patio.

Se había llegado la hora de sepultar al tío Genaro y las mujeres comenzaron a recoger las flores para llevarlas al panteón. Tres hombres además de Guaño y los músicos se habían quedado para darle sepelio al difunto.

El que hizo la caja fue Efraín, el carpintero. Él y Guaño cargaron la caja por delante, y atrás lo sujetaban Artemio y un músico de San Pedro que tocaba la trompeta. Con una mano, y aunque un poco borracho, el guanco sostenía la caja apoyándola en su hombro izquierdo mientras que con la mano derecha sujetaba su instrumento, y cuando le tocaba hacer segunda al saxofón, soplaba sin mucho esfuerzo. Los niños le admiraban esa destreza y lo iban siguiendo de cerca. Los otros músicos tocaban detrás de la recua de mujeres que llevaban las flores.

“Ya mataron a Martín”, gritó un muchacho entrando al camposanto. Las mujeres ya ni lloraron cuando la noticia las despertó de aquel ensueño oscuro. Todo era pesadumbre entre ellas. Y así tenían que llegar a moler el nixtamal para echarle tortillas a los hombres que tráiban al muerto.

La segunda cruz la habían puesto en la entrada del panteón. No habían terminado de echarle tierra a la caja cuando ese muchacho llegó gritando que en la cancha habían tendido el cuerpo de Martín, el guanco.

Guaño vio a don Benito entrar al panteón seguido del muchacho. El líder de La Cuadrilla se quitó el sombrero al pisar el camposanto. Se acercó a la cruz del tío Genaro y se persignó delante.

—Vámonos —le dijo a las mujeres y a los músicos—tenemos que velar a otro muerto.

10

La mañana en que mataron a Martín también murió la señora Macaria. Sus vecinos la encontraron tirada en la tranca del patio de su casa. Tenía los huesos del brazo destrozados por un balazo de escopeta y algunas postas le habían dado en el pecho.

Era sabido en Santa Marta que Macaria era naguala de tigre y que se comía las cabras de los pastores en las tierras de San Pedro. Eso lo sabía su gente, pero también era común que entre los brujos se cuidaran.

—Fueron los de La Cuadrilla —dijo un hombre que tenía cara de coyote— los que mataron a Macaria fueron los mismos que vinieron a matar a Martín.

El comisario habló en amuzgo. Dijo que no estaba seguro de eso. Pensaron que fueron los de San Pedro, ya que con ellos peleaban el agua del río.

A Macaria la enterraron y con la tierra de su sepulcro, manchada con su sangre, los brujos de Santa Marta fueron a los peñascos del diablo a sacrificar siete cabras.

Allá los vio el pastor de Reyna Cervantes que andaba sacando una cabra que había parido cerca de los peñascos.

—Esos de Santa Marta tan echando maldición pa los que mataron a Macaria —dijo el guanco cuando llegó a la majada.

—¿Loyiste, Jaime? —dijo Reyna— que Dios nos ampare.

Malaya la hora en que mataron a Macaria. No tardó para que la maldición llegara a La Cuadrilla.

Al año siguiente mataron a tío Chilo Rivera. Luego, se mataron dos hombres que se respetaban de primos.

Ya le llegaría también a Reyna Cervantes la demala.

11

Guaño vio por última vez las casas de La Cuadrilla cuesta abajo que se perdían entre los árboles de la barranca. La música de viento tocaba un son de marcha. Eran los nueve días de la muerte del tío Genaro y era también la víspera de la fiesta del pueblo en honor a la Virgen de la Candelaria.

Se había despedido de don Benito esa madrugada que fue a verlo a su casa. Tomaron café al calor de la leña y se dieron la mano.

—Me voy mi amigo. Allá me esperan mis hermanos y una mujer con la que he de casarme y tener hijos.

El hombre de cera

1

Trajieron al cura pa que le rezara porque dijo que el diablo se lo quería llevar.

—¡Eso le pasa por cabrón! —dijo la tía Candelaria.

Amachita mandó que ensumaran la casa con piedras de copal mientras ella le untaba aguardiente en el pecho.

—¡Y tú, Candelaria, ideja de rezongar y asómate si ya viene el cura!

La tarde antes de que todo ocurriera, el abuelo regañó al tío Nalo porque decían que andaba con una mujer de San Pedro y que se iba a verla los domingos. Su mujer había venido a quejarse.

“Allí donde no se componga, yo lo deajo, apá”, dijo la tía Marina.

El tío Leonardo se enojó porque el abuelo lo regañó. Por eso se fue pa Santa Marta.

“¡Pretestos!”, espetó la tía Candelaria, “deporsí le gusta andar de caliente”.

Cuando el cura llegó, amachita ya había puesto al Cristo en la cabecera de la cama donde estaba tirado el enfermo.

“¡Vete donde mi comadre María!”, ordenó la abuela, “que te preste al niño Dios y a la virgen pa que le hagan compañía a tu hermano”.

La tía Candelaria estaba enojada, pero era porque quería al tío Nalo. Sentía compasión desde que la tía Marina parió a un niño muerto. Dicen que desde entonces el tío Nalo comenzó a beber mucho.

La partera dijo que a la tía Marina se le había caído la matriz y que ya no iba a tener hijos. Eso lo sabíamos porque una vez la tía Candelaria se peleó de boca con la

tía Marina y le gritó: “¡Vieja mocha! ¡Matriz caído! ¡Por eso diosito te castigó sin hijos!”.

Ella era así, de arranques y malas palabras.

“¡Vieja bocona! ¡Por eso no jallas marido!”, le contestó la tía Marina.

Se peleaban, pero se reconciliaban cuando las dos se juntaban para espulgar a la abuela. La tía Cande era un poco menor que la tía Marina.

El carácter lo había heredado de la abuela que, desde muy tempranito, comenzaba a hacer muinas porque no había ocotetl rajado pa juntar la lumbre.

“¡Otra vez no me rajaste el ocotetl, Leonardo! Ya pronto te vas a ir a vivir a parte con tu mujer pa que sufran solos”, decía la abuela.

Solo al mediodía, cuando las mujeres se sentaban a espulgarse la cabeza en el patio y los hombres labraban la tierra, había calma en toda la casa. Entonces la tía Candelaria le arrancaba las canas que ya le brotaban a la abuela y amachita empezaba a cabecear hasta caer dormida en el petate. En ese momento, la tía Candelaria agarraba su silla de palma que el abuelo había hecho con sus propias manos, y se sentaba en la puerta de la casa a juzgar a las mujeres que veía pasar en el camino cuando iban a dejar flores a la iglesia.

“Mira, Marina, qué flores tan feas lleva esa muchacha”.

“Cállate, Cande, esa muchacha le va a dejar flores a su padre”.

“¿Su padre? Yo pensaba que iba a la iglesia no al panteón. ¿Y quién era su padre?”.

“Dicen que se llamaba Martín y era un guanco de San Pedro que ya no conocimos. En cambio, su madre es la que vive cerca del Tepeyac, a lado de la casa de tía Juana y tío Benito”.

“¿Un guanco de San Pedro? Pobre”, dijo la tía Candelaria. “Con razón siempre lleva flores del monte y no del jardín”.

Era así de crítica con todos, a todos les hacía bromas, incluyendo a la abuela.

“¡Candelaria! ¿Qué le echaste al nixtamal?”, gritaba la abuela en la cocina.

“Nada, amá, ese nixtamal ya no sirve, es pa los marranos”, respondía desde el patio la tía Candelaria sosteniendo un frasco de bicarbonato en las manos. Y entonces la abuela salía corriendo con la vara del nixtamal para darle sus garrotazos.

Nunca pudo alcanzarla. Y su castigo era que se sentara a comer con los marranos.

“Como me dañaste el nixtamal, se lo das a los marranos, pero tú también se sientas a comer tu plato de frijol y arroz con ellos”, le decía la abuela. “¡Chamaca regachera!”.

En cambio, conmigo la tía Candelaria era atenta. Me hacía lulus por las mañanas cuando la abuela juntaba la lumbre del comal. Ella misma se encargaba de ordeñar las cabras paridas que teníamos en la casa y calentaba la leche y le agregaba azúcar y tortillas. Luego me servía una jícara hasta la mitad y se sentaba a verme comer.

Quizás era así conmigo porque mi madre murió cuando yo nací. O porque mi tata se fue y me dejó a crianza de la abuela.

A veces amachita decía que yo le había sacado a mi tata, y que por culpa de mi tata se había muerto mi madre.

“¡Ese guanco tiene la culpa de que se haya muerto mi tía!” , mascullaba mirando la lumbre bajo el comal. “Pero tú no tienes la culpa, aunque te pareces tanto a ese cabrincísimo guanco”.

La tía Candelaria decía que yo era su hijo. Le gustaba llevarme a la majada de chivos donde me dejaba jugar con los cabritos.

—Amá, ¿por qué mi tío Nalo está enfermo? —le pregunté a la abuela.

Mi tía Candelaria me abrazó y me dio un beso en la frente.

—Lleva al niño afuera —dijo la abuela.

—Lo espantaron —me dijo la tía Candelaria.

2

El hombre que lo encontró fue un guanco de San Pedro que iba a la fiesta de Santa Marta. Dijo que escuchó los machetazos retachando en el aire como si golpearan una piedra invisible.

“Algún loco”, pensó, apresurando el paso, y al salir al camino limpio vio al tío Leonardo tirando machetazos arriba y abajo.

Se caía y se levantaba, pero no soltaba el machete.

Se movía hacia atrás como si obtuviera respuesta de ataque. El guanco supo de inmediato que no era criatura de Dios aquello contra lo que luchaba ese hombre.

Lo traiba en la nanca del caballo como si fuera un costal de cañamazo. El abuelo y la tía Candelaria vieron al guanco montado sobre el caballo acercándose a la casa.

—Aquí traigo este hombre, que me dieron razón en la entrada vive en esta casa —dijo el guanco.

Lo acostaron en un petate y lo metieron a la casa. El guanco dijo que lo halló dijo que el tío Nalo se había peleado con el Diablo allá en el camino viejo que va a Santa Marta. Eso dijo, o eso entendió el abuelo, porque el guanco habló en na savi.

—¿¡Qué diantre andaba buscando en ese camino!?! —reprochó la abuela. Le puso una almohada bajo la cabeza y le dio de beber agua. —¿Que no sabe que ya nadie anda por allí?

La gente de Santa Marta seguía peleando el agua con San Pedro y se habían adueñado de la mitad del cerro por donde pasaba el camino viejo que antes iba de La Cuadrilla a Santa Marta. Para llegar a San Piedrito nosotros andábamos por Barranca Oscura, pero para llegar a Santa Marta teníamos que dar vuelta hasta el pueblo de la Soledad, evitando los cañales y los peñascos del camino viejo.

—Seguramente iba a la fiesta a ver a su querida —dijo la tía Candelaria. —¡Eso le pasa por cabrón!

—Deja de rezongar y búscame el agua bendita —remandó la abuela. —¡Y apúrate porque que ya va a llegar el santo cura!

La mañana en que el tío Nalo se peleó con el abuelo, la tía Candelaria me llevó al panteón a dejarle flores a mi madre.

—¡Gladiolas! —dijo. —Gladiolas y no buganvilias como las que le lleva tu tía Marina. Porque a tu mamacita le gustaban las gladiolas. En cambio, las buganvilias con sus espinas ni siquiera son difíciles de conseguir, ¿loyiste? acuérdate siempre de esto.

En la entrada del camposanto la tía Cande se detuvo a platicar con una viejita, dijo que en San Pedro habían matado a un guanco que vendía caballos.

—¡Ay, usté! —se admiró la tía Candelaria cuando la señora le reveló que la persona que mató al guanco era de La Cuadrilla. —¡Virgen santísima! Esos guancos son malos, ¿usté cree que no la van a meter a la cárcel? Si es que no la cuelgan.

—Deporsí —dijo la vieja. —Esa mujer parece marimacha, siempre carga pistola.

—Pobrecito de mi tío Jaime, él tan penco que es pa los pleitos.

—Cuidate, hija Cande —dijo la anciana. —Y cuida a ese muchachito que ya esta bien grande.

La anciana besó mi frente y siguió caminando rumbo al Tepeyac.

—Te voy a enseñar donde están enterrados nuestros difuntos —dijo la tía Candelaria, y empezamos a caminar por el medio del camposanto.

—Eran pocas las personas que habían muerto, al menos creo recordar unas veinte o quizá treinta. Todas tenían lápidas de concreto porque a pesar de que La Cuadrilla seguía siendo un pueblo de forasteros para los de San Pedro y Santa Marta, aquí sí había dinero pa hacerles sus casas a los muertos. No como ellos que entierran a su gente en petates y nomás le amontonan la tierra —decía la tía Candelaria.

Y prosiguió a enumerar:

—El tío Lencho está enterrado a la izquierda de la tranca, cerca de los hermanos Jaramillo, dos primos que se mataron porque el ganado de uno se comió la milpa del otro y no hubo reparo del daño, según contaban en el pueblo.

—Despuesito de ellos estaba enterrada la abuela Gorgonia, la mamá de amachita, acuérdate bien.

A cada difunto le íbamos dejando una veladora con flores.

—Y aquí —suspiró la tía Cande. —Aquí está tu mamá.

Alrededor de la tumba había rosales que la tía Cande había sembrado.

—Vamos a echarle agua a los rosales —dijo. —Para que se vea bonita la tumba de tu mamacita. ¿Sabías que tu mamá fue Malitzin? Seguro que ya te lo conté antes, pero me gusta recordar a tu mamacita bailando en la fiesta del pueblo. Ella bailó de Malitzin tres veces y una de reina, pero de reina no le gustaba. Decía que era mejor bailar para ambos lados. Y se daba de vueltas, tu mamá, al ritmo de la música de viento haciendo chocar su espada con los otros bailantes. Tú deberías bailar cuando seas un poco más grande.

Yo había visto a los bailantes guerrear en la fiesta del pueblo. La tía Candelaria me llevaba a la cancha para ver los ensayos cada domingo dos meses antes de la fiesta. Y era bonito escuchar las espadas al son de la música de viento, pero cuando se llegaba la fiesta era aún más hermoso, porque los bailantes vestían con trajes de tela bordados con chaquira que brillaban en la noche. Los trajes eran tejidos y adornados por sus propias mujeres o sus madres. Los hombres, en cambio, se encargaban de lijar y adornar las macanas y escudos de madera para los mexicanos. O pegarle espejos a los sombreros para los que bailaban de españoles.

Regamos los rosales y encendimos la veladora para mi madre. Luego la tía Cande me llevó al Tepeyac. Desde allí vimos las casas de La Cuadrilla que se extendían

hacia abajo como si formaran una culebra. Y en el orden en que aparecían desde la última hasta la más próxima al Tepeyac, la tía Candelaria me iba diciendo quienes vivían en cada una.

—Nosotros vivimos en el centro, a un costado de la comisaría, porque el papá de tu abuelo fue quien fundó La Cuadrilla —dijo la tía Cande. —Él y tío Benito que todavía vive. Aunque tío Benito decidió que el mejor lugar para vivir era cerca del Tepeyac. Y tiene razón, porque desde aquí se mira todo el pueblo.

Al mediodía volvimos a la casa y la abuela regañó a la tía Candelaria.

—¿iDónde andabas, chamaca regachera!? Y ese niño que cargas con hambre. ¡Apúrate a poner el comal!

Entonces la tía Cande iba por la leña y yo le ayudaba. Y me enseñaba que para encender la lumbre primero había que prender las rajadas de ocotetl y luego los trozos de leños. Después el comal y le ponía cal con una hoja de mazorca.

—No le andes enseñando cosas de mujeres a ese chamaco —decía la abuela enojada. —¡No vaya a salir como tu tío Luis Guerrero!

—Amá —le dije— ¿Qué hizo el tío Luis?

—Nada, mijo, no la escuches —dijo la tía Cande. —Vete a jugar afuera, anda.

Y yo me salí al patio donde estaban amarradas las cabras paridas. Me gustaba jugar con los cabritos que brincaban y se perseguían entre ellos.

5

El cura estaba de paso en La Cuadrilla organizando a las celadoras para la fiesta del pueblo el mes que entra. Iba para Santa Marta a dar la misa de celebración en honor a la virgen.

—¡Esos brujos! —dijo el cura cuando la abuela le dijo que al tío Nalo lo habían espantado en el camino viejo. —¡Esos brujos todavía siguen practicando sus cochinadas! Aunque cada vez son más los católicos en Santa Marta. Por eso yo voy a hacer la misa mañana, para que Dios termine con los brujos que quedan.

—Tenga usted cuidado, padrecito —dijo la abuela. —No vaya a ser que le hagan daño esa gente.

—Ya son pocos los brujos que quedan —dijo el cura. —Y yo voy por encargo del arzobispo porque así lo pidió el comisariado. Además, no soy tonto pa pegarle la frente al toro. Solo hago la misa y me voy pa San Piedrito, allá me esperan para bendecir la nueva iglesia que construyeron. Esa gente sí que vive en la fe cristiana.

La tía Candelaria entró con el niño Dios en los brazos y atrás llegó la tía Marina con la Virgen de Juquila.

—Pónganlo ahí sobre la mesa, cerca de la cabecera —ordenó el cura.

Empezaron a rezar con el rosario en las manos.

6

Era hora de comer cuando la tía Candelaria me llamó desde la puerta de la casa. Yo había pasado unas horas jugando con los cabritos y me quedé dormido entre ellos.

—¡Ven a comer! —gritó la tía Cande.

Me dio una memela rellena de frijol molido acompañado de un trozo de carne.

—Come. Luego me vas a acompañar a la milpa a dejarle la comida a tu abuelo.

Me gustaba ir a la milpa porque allá el abuelo me enseñaba a tirarle piedras a los zanates que bajaban a arrancar la milpa tierna. Luego me llevaba a caminar por toda la zanja donde el agua bajaba del río para regar la milpa.

Esa tarde el abuelo me enseñó a echarle abono a la milpa y me dijo que pronto me enseñaría a labrar la tierra.

—Nomás que crezcas otro poquito pa que puedas agarrar la yunta, mijo —decía.

—Nomás que puedas empuñar el arado.

La tía Candelaria se subía a los árboles de carnicuiles que estaban en la orilla de la parcela y sentaba a comerlos en silencio.

Después cortaba algunos y los metía en la morrala de tortilla para llevarlos a casa.

“No te vayas a caí”, le decía el abuelo, pero sus palabras no eran como las de la abuela, que siempre estaba regañando. Él era más sereno y cuidaba su forma de hablarnos.

Incluso esa mañana en que le oímos regañar al tío Leonardo, sus palabras sonaron más como un consejo.

—Cuida a tu mujer, mijo. No andes buscando problemas porque esos guancos de San Pedro son malos.

Pero, el tío Nalo sí que gritaba.

—¡No se meta usted acá! ¡Ya estoy grande!

—Entonces hágase usted su casa y váyase a vivir a parte —dijo el abuelo.

—Mira mijo —me dijo el abuelo— con el tiempo aquí voy a sembrar un huerto de plátanos para que tú lo cuides. Tú serás el dueño.

Y yo me alegraba y me aferraba a sus brazos. Y juntos íbamos abonando la milpa y resembrando en los surcos donde los zanates habían arrancado el mái.

—Ya váyanse, mija —dijo el abuelo.

—Acá, yo me quiero ir con usted más tarde —le dije al abuelo.

La tía Cande tomó mi brazo y me dio un carnicuile.

—Come —dijo en voz baja. —Y obedece.

El abuelo me dio un caballito de zacate que él mismo hizo.

—Ten mijo, vete con tu tía, yo llego más tarde.

Poco después de que llegamos a la casa, el abuelo llegó en su caballo. Amarró a su chacho en el patio cerca de las cabras. Colgó su sombrero en la puerta y su machete en la pared del corredor. Apenas se había sentado a fumar cuando llegó el guanco a caballo que trajo al tío Nalo.

7

—¿Qué dice el cura? —preguntó el abuelo.

—Dice que sigamos rezando.

La abuela había despedido al cura en la puerta de la casa. Pasaron por él unos hombres a caballo y se lo llevaron pa Santa Marta.

—Si mañana amanece igual, vamos a tener que buscar a un brujo —dijo el abuelo.

—¡Si ellos fueron los que espantaron a mijo!

—No hables así, mujer, esa gente tiene sus mañas, pero no todos son malos. Debemos encontrar la forma de salvar a nuestro hijo.

La tía Marina gimoteaba sentada junto a su marido. Le cambiaba el trapo mojado y se lo ponía en la frente. El tío Nalo no paraba de sudar y decir palabras que no entendíamos.

—Vete a dormir —me dijo la tía Cande. —Mañana te vas a levantar temprano pa darle de comer a los pollos.

El abuelo besó mi frente y yo pude oler su aliento a tabaco. Me gustaba aquel aroma a cigarro porque en las tardes que volvía del campo se sentaba a fumar en la puerta de la casa y yo me sentaba a su lado. Y él me contaba sus historias de caza. Y me hablaba de cómo era La Cuadrilla antes, cuando él era un niño. Y su padre llegó a ser comisario y mayordomo.

8

La tía María era nuestra vecina y vino al día siguiente a ver cómo seguía el tío Nalo.

—¡Comadrita! —llamó cuando se paró en la puerta de la casa. —¿No está tu mamá? —me preguntó.

Entonces la abuela salió de la cocina torteando la masa con las manos.

—Páse usted, comadre —dijo— y puso la torta de masa en una servilleta sobre la mesa. ¡Candelaria!, termina de echarme las tortillas pa que almuercen.

La tía Cande salió del cuarto de adobe donde yo dormía con ella, entró a la cocina y volteó las tortillas que se esponjaban sobre el barro caliente.

—¿Cómo sigue Nalito? —preguntó la tía María.

—Ay, comadrita, sigue malo mijo. No durmió toda la noche. Parece que apenas le quiso agarrar sueño ora ya amaneciendo.

—¿Puedo pasar a verlo?

—Sí, sí —dijo la abuela y las dos pasaron al cuarto donde estaba acostado el tío Nalo.

—¡Jesús! —exclamó la tía María— tienen que llevarlo con un brujo, esto es espanto de muerto.

—¡Ay, comadre! No me diga eso.

—Acuérdese del primo Mario que murió en Barranca Oscura, dicen que fue un accidente, pero mi marido piensa que *el malo* se lo llevó. Su nieto estaba enfermo de espanto y Mario llevó a un brujo pa que lo curara. Ya ve que esos de Santa Marta son malos, esos hablan con el diablo.

—¡Ay, por Dios! No diga esas cosas, comadre.

—Eso es lo que dice mi marido. Aquí le presto otro santo pa que le siga rezando, pero yo le recomiendo mucho que vayan a buscar a un brujo. Si quiere, en la tarde que llegue Chano le digo que venga pa que hable con mi compadre.

La abuela se quedó pensando en lo que le había dicho la tía María y esa mañana no quiso almorzar.

María Pi, le decíamos, vivía enfrente de nuestra casa, al otro lado del camino. Y cuando su hijo Pilo se iba a cambiar el burro a su parcela, le gritaba desde la puerta de su casa: “¡Piiiiiiilooo, olvidaste al burro!”, y allá venía su hijo de vuelta.

Los niños nos reíamos de él porque a pesar de ser alto y fuerte, se le olvidaban las cosas y no podía hablar bien.

—Vete, Cande, a buscar a tu papá a la milpa y dile que se venga urgente —dijo la abuela. —Y tú Marina, sírvele un poco de sopa con arroz a tu marido a ver si se lo come, aunque sea a fuerza.

—Amá —le dije a la tía Cande— ¿puedo ir contigo?

—¡Usté se queda! —me gritó la abuela. —¡Apúrate Cande!

Cuando el abuelo llegó, le contaron lo que había dicho María Pi.

—Vino María Pi a decirme que Leonardo tiene espanto de muerto. Lo mismo que le pasó a Mario hace años.

—Mario se cayó del caballo, no lo espantaron —dijo el abuelo.

—Pero su nieto, el que se enfermó ¿te acuerdas? Dicen que por eso murió Mario.

—Ese muchacho ya no vive.

—Pero murió ya de grande y de eso mismo —dijo la abuela. —Dicen que ese muchacho de noche gritaba que veía a un hombre de cera.

—No digas cosas, mujer. La gente habla mucho y nada saben.

Cuando tío Chano llegó a ver al enfermo, dijo:

—Sí, compadre, va a ser el mismo. Va a ser el mismo que espantó a ese muchacho nieto de mi compadre Mario. Dicen que mi compadre se ofreció a cambio de la vida de su nieto. Por eso el diablo sacó su cuerpo del panteón. Hasta la vez, su tumba sigue vacía.

El abuelo sacó un cigarro de la bolsa de su camisa y lo encendió.

—¿Usted cree que sea lo mismo?

El tío Chano asintió.

—Sáquenle su camisa —mandó el abuelo— cámbienlo de ropa porque lo vamos a llevar a Santa Marta.

—Allá yo conozco un brujo que es bueno —dijo tío Chano. —Ese dice que es el único que entra a las cuevas de los peñascos.

Lo subieron al caballo y el abuelo lo sostenía desde la nanca. Para poderlo llevar, el abuelo lo amarró al juste del caballo mientras lo abrazaba por detrás para que no se fuera a caer.

Dicen que allá en los cañales el tío Nalo pudo recuperar el habla. El brujo que lo curó pidió un puño de tierra del sepulcro donde reposaba el nieto del tío Mario.

La abuela no dejaba de rezarle a la Virgen de Juquila.

—Asómate, Candelaria, si ya viene tu tata.

Y cuando la tía Candelaria se asomó por la puerta vio al tío Leonardo y al abuelo que venían entrando a La Cuadrilla. Ya se podía sostener por sí solo, aunque traiba la cara como de un muerto.

—A ver si ya perdonas a mijo, Marina —dijo la abuela. —¿No le andes reclamando nada, loyiste?

—Sí, amachita —dijo la tía Marina.

La tía Cande se apresuró a atizar la braza.

—Seguro que traen hambre —dijo. —Ayúdame a poner el comal, mijo.

Y yo corrí al patio a traer más leñas para juntar la lumbre.

Los hermanos Martínez

1

Momentos antes de su muerte, Cisneros escuchó el gruñido de los marranos bebiendo agua de masa. Luego, las gallinas comenzaron a cacarear y un gallo cantó como si fuera de madrugada.

“Un gallo malagüero”, pensaría después su señora madre, al recordar la tarde en que acribillaron a su hijo.

2

Era el mediodía y los equipos de básquet que habían pasado a la final se preparaban para el último encuentro.

Las mujeres comenzaron a juntarse en la casa del mayordomo donde los hombres tenían amarrado al semental que sacrificarían para la fiesta de San Francisco de Asís.

Algunos cuantos se juntaban frente a la iglesia donde estaban armando el castillo de fuegos artificiales. Otros, los más jóvenes, y principalmente los chiquillos, admiraban los toritos de cartón y las piñatas que colgaban de un mecate atravesando el patio del curato a la comisaría.

Xochitlán era un pueblo pequeño, pero aquel lunes tres de octubre del año noventa y cuatro se habían reunido más de quince equipos de básquet, a según el comisariado, para celebrar la fiesta del santo. Vino gente de onde quiera, de los pueblos

más cercanos y hasta caras que nunca se habían asomado por aquí, ese día se vieron muy contentas.

Malaya que la demala cayera ese mismo día, cuando los hermanos Martínez vinieron de Cuanác para matar a Juan Cisneros.

3

Juan Cisneros lideraba el equipo de Xochitlán que jugaba contra Buenos Aires, o Los Maestros, como les llamaban localmente porque todos eran profesores de primaria, y aunque la mayoría eran foráneos estaban liderados por Guaño Castillo, oriundo de Xochitlán.

El árbitro pitó y los dos equipos se encontraron en la cancha. Guaño y Cisneros se vieron las caras y cuando el árbitro arrojó el balón sobre sus cabezas, fue Guaño el que le ganó de un manotazo haciendo que el balón cayera en manos de su equipo.

El partido inició a tope, y antes de que el medio tiempo terminara, la tabla marcaba 30-32, según el muchacho que esa tarde estaba a cargo de registrar la final del encuentro.

En ese momento, recordarían los testigos de aquella tragedia, Cisneros salió de la cancha y se sentó en el filo del concreto, desde ahí pudo ver las casas de jaulilla al otro lado de la barranca que dividía al pueblo. De este lado estaba la iglesia y la comisaría, más abajo y pegado a la barranca estaba la cancha, y al otro lado eran puras casas de jaulilla y otate con techos de cartón negro. Ese era el barrio de Buenos Aires, donde Guaño había nacido. Tiempo atrás, la barranca era un arroyo donde los niños se bañaban mientras que sus madres lavaban sobre las piedras.

Un aire seco golpeó de ese lado de la barranca. Un mal aire, a decir de los testimonios. Y Cisneros oyó a las gallinas en medio de los cerdos que gruñían en alguna de las casas de oate. Entonces, chiflaron los cuetes y en la iglesia los toritos comenzaron a arder para iniciar la celebración de San Francisco. La mitad de los que estaban viendo el partido se fueron a parar frente a la iglesia y la otra mitad se quedó a atestiguar aquel encuentro que iba a tope.

El árbitro pitó el segundo tiempo y los dos equipos volvieron a la cancha. El primer saque llegó a manos de Guaño, y este pasó el balón haciendo una finta por detrás de su cintura que llegó hasta a uno de sus compañeros. Cisneros corrió a defender el tablero, pero un pase largo le devolvió a Guaño el balón que, en un movimiento rápido, esquivó al rival y encestó el siguiente punto.

Los cohetes chiflaban y como ya estaba oscureciendo, recuerda ahora su madre, se podía ver desde la cancha que las luces de los cuetes se elevaban por el cielo.

Después de encestar el tiro, Guaño vio a los tres hombres llegar desde la barranca, y vio también cómo se incorporaban en el estrado de madera.

Hubo un último saque antes de ganar el partido. Los compañeros de Guaño perdieron el balón a media cancha y el equipo contrario arreció con un tiro de tres puntos que hizo el empate. Luego, hubo un faul de dos tiros a favor de Juan Cisneros.

Guaño le arrojó el balón por la espalda y todos vieron cuando Cisneros volteó para encararlo, porque, como es sabido en este juego, los triunfos y las ofensas ante los ojos de la gente tienden a exagerarse.

Se conocían de vista, pero no eran enemigos. Cisneros se había enchandado desde que vengó la muerte de su padre. Pero Guaño, que había pasado los últimos diez años como maestro unitario en un pueblo al oeste de la costa, no se la debía a nadie, aunque estaba a punto de escarmentar la amargura de la venganza en carne propia.

Y quizás era un mal presagio que los gallos cantaran aquella tarde, como pensaba la madre de Cisneros. Qué ironías del destino, que los gallos no cantaran la madrugada en que Guaño llevó a cabo su venganza. Lo cierto es que hacía muchos años que en la fiesta de San Francisco de Asís no corría sangre en Xochitlán.

Pitaron el tiro del faul y Cisneros encestó sin problema el desempate. Los pocos asistentes que quedaban abuchearon a Guaño cuando lo vieron salir cabizbajo de la cancha. El hombre echó una mirada al estrado y vio entre el escaso público a su mujer, que no hacía mucho había llegado para verle jugar la final. Volvió a entrar al juego aun sabiendo que Cisneros no fallaría el segundo tiro ni había tiempo para un contrataque.

Uno de los tres hombres que habían llegado para darle muerte a Cisneros se sentó cerca de la mujer de Guaño. Ella vio al asesino sentarse, era demasiado joven para llamarlo un hombre, y más aún para que de él se pensara lo peor.

Los otros dos hombres se habían posicionado en los posibles lugares por donde la víctima pudiera escapar. No querían correr el riesgo de que se les pelara el venado.

Guaño volvió la mirada hacia donde estaba su mujer y dióse cuenta que el muchacho cerca de ella se tocaba la camisa desfajada como si amagara sacar pistola.

Eso Guaño lo intuía por experiencia, porque allá al otro lado de la Sierra sureña, en el lugar llamado La Cuadrilla donde trabajó por mucho tiempo, le enseñaron a portar pistola desde que se había convertido en el consejero del pueblo. Y aunque a él no le gustaba hablar de su pasado, decía que una vez los guachos casi lo matan por defender a la gente de aquel lugar.

Pero también era común que los de fuera cargaran sus fierros aún en la fiesta del pueblo, porque se regresaban de madrugada y pa qué arriesgarse si hay con que defenderse de los maleantes que no tenían hora, opinaban los testigos.

En el último tiro, Cisneros giró el balón sobre su dedo índice. Ironías del destino, que fuera el mismo dedo gatillero:

Diez años atrás, cuando Manuel Escobar mató al padre de Cisneros en una pelea de gallos, la gente comenzó a decir que Escobar tuvo sus motivos por fuera. No fue el hecho de que el padre de Cisneros ganara aquella pelea en que se apostaron las tierras de chagüe y de riego, sino que tiempo atrás Escobar había pedido la mano de Minerva, madre de Cisneros.

Aquella fecha no se celebraba a ningún santo, era solo un juego que organizaron los galleros del pueblo para medir sus crianzas.

Se jugaban los primeros gallos cuando Escobar entró por la puerta grande y se instaló delante del equipo contrario del padre de Cisneros.

Ninguno de los dos hubiera querido que la demala mandara aquella noche. Pero fue Silvestre Crescencio quien prendió la mecha.

Escobar hizo su vida en Cuanác, pueblo vecino a Xochitlán, allá tenía mujer e hijos. Había adquirido el vicio de los juegos de baraja y las peleas de gallos, pero no dejaba de ser un hombre cabal y honrado, a decir de sus paisanos cuaneños.

¡Malaya la chingada! Que fuera casualidad o destino que los primeros gallos de la pelea grande fueran de Escobar contra Cisneros padre.

Allí, el bocón de Crescencio, dijeron algunos, presentó a los gallos como: “¡El giro de alas blancas de Manuel Cisneros contra el gallo negro de Manuel Escobar! ¡Y señores, qué ironías del destino! ¡Dos gallos que alguna vez quisieron a la misma gallina!”.

La gente soltó la risotada al calor de los mezcales. Escobar se contuvo ante la provocación de aquel bocón que lanzaba miradas a ambos apostadores. Por su parte, Cisneros padre miró a Crescencio y con buenas ganas hubiera ido a callarlo, si no fuera porque el hocicón apresuró a los amarradores a que soltaran los gallos.

Se agarraron en el aire; el giro de alas blancas pateó de gancho con ambas piernas, apenas siendo esquivado por el negro. Este se echó pa tras y embistió de nuevo, pero el giro cabeceó sin problemas.

El filo de las navajas brillaba, el brillo de las plumas se acrecentaba con las lámparas encendidas del ruedo. Los testigos derramaban aguardiente y mezcal de sus vasos al sellar sus apuestas.

En una de esas rondas en que los gallos se toparon, Manuel Escobar recordó la ofensa de aquel rechazo:

“Mi hija no tiene deseos de estar contigo”, le dijo el padre de Minerva. Pero Escobar nunca tuvo oportunidad de hablar con ella. De niños eran amigos, eso él lo sabía. Fueron amigos incluso en la adolescencia, hasta que él se lanzó sin premeditaciones a pedir su mano el día en que la vio acarreando agua del río. Volvió a su casa y le dijo a su madre que quería pedir la mano de Minerva. La madre de Escobar estaba lavando el nixtamal cuando el muchacho le planteó sus intenciones.

“¿Qué piensa, que yo tengo dinero pa andar casándolo? Además, usted no tiene padre y nadie le va a hacer segunda”, y al decir esto puso un poco de nixtamal en el

molino de mano y bajó el tono de su voz: “Anda, muéleme el nixtamal que le voy a hacer sus tortillas pa que se vaya a cuidar las cabras”.

Manuel Escobar tenía trece años el día que conoció la vergüenza. Esa mañana que había visto a Minerva acarreando agua del río pensó que si vendía tres de las cinco cabras, podría fugarse con ella.

Mejor hubiera sido que se la robara, como era costumbre en aquellos tiempos, y no que la fuera a pedir, pensaría después la gente. Pero Manuel Escobar quería demostrar que el valor de un muchacho no se regía por las sombras de su padre. Así que, en vez de darle pa la majada, pa donde lo había mandado su madre, arreó las cabras para la casa de Minerva.

Encontró al padre de Minerva afilando su machete en la puerta de su casa cuando los chivos arremetieron en el patio.

“Señor”, dijo Escobar sin tanto pienso, “vengo a pedir la mano de su hija. Estas cabras que le ofrezco me las dio mi madre”.

El hombre vio al muchacho. Era flaco y llevaba pantalones cosidos a mano porque su madre no tenía pa pagar la costura de una máquina.

Minerva salió de la cocina detrás de su madre. Las mujeres quedaron estupefactas cuando el muchacho volvió a decir: “Vengo a pedirle la mano de su hija”.

“¡Métanse a la casa!”, ordenó el hombre con machete en mano.

El muchacho permaneció quieto esperando un gesto como respuesta.

“Mi hija no desea nada contigo, muchacho. Llévate tus cabras, que yo no quiero faltarle a la memoria de tu padre”.

¡Malaya la chingada! porque nada tenía que ver el padre de Cisneros, también llamado Manuel, en eso. Y nada de eso hubiera pasado si no le hubieran ido con el chisme a la madre de Escobar:

“Allá llegó tu hijo, a casa de Meléndez Ignacio, a ofrecer las cabras a cambio de la mano de su hija”.

“¡Ay! por qué lo dejaste ir solo”.

“Pobre muchacho, ¡qué vergüenza!”.

Ninguno se había atrevido a pedir una mujer de su propia boca.

“Qué vergüenza pasó tu hijo...”.

“Qué tristeza crecer sin padre”.

6

El giro cayó reculando con las patas parriba enseñando la navaja. El negro cantaba en el ruedo y aleteaba sacando el pecho.

Todavía con los ojos puestos en el animal herido que se esforzaba por mantener el paso, la gente se levantó derramando sus tragos, algunos de emoción, otros con la esperanza de recuperar lo que ya estaba perdido.

Era un Hatch Giro americano cría de sangre pura cruzado con Kelso. El negro era un Asil cuya fama estaba en la destreza de lanzar patadas sin cansarse demasiado.

Todos los apostadores y hasta los mirones detrás de las puertas en aquella pelea, vieron como el gallo negro de Escobar embistió a rematar al giro del padre de Cisneros.

¡Malaya la suerte de aquel hombre! que el destino le hiciera otra mala jugada. El giro apenas dio un salto sin mucho esmero, casi por instinto. Y el negro se tambaleó enterrando el pico en el ruedo.

“¡Señores!”, gritó el bocón aquel, “parece que Cisneros ya demostró de qué lado masca la iguana, y que no va a dejar que otro gallo venga a cantar en su gallinero”.

Al oír esto, Escobar echó mano a su Beretta .380 disparándole a Silvestre Crescencio, que por pura suerte la libró. Las balas dieron en el suelo y en las tablas del ruedo. Pero la demala quiso que una de ellas le diera a Manuel Cisneros en el pecho.

Esto no fue lo que le dijeron a Juan Cisneros cuando le fueron a avisar que Manuel Escobar, del pueblo de Cuanác, mató a su padre porque perdió una pelea.

Al año de enterrar a su padre, Cisneros mató a Manuel Escobar cuando este volvía de traer leña. Para poderlo matar se vistió de mujer, según los que le vieron salir aquella tarde, y lo esperó en el camino.

Nadie reclamó venganza por Escobar, ni su mujer, ni su hija. Allá en Cuanác, donde la viuda vivía, se pensaba que fue un ajuste de cuentas.

7

Pitaron el segundo tiro del foul y el balón rebotó en la parte superior del aro, en ese instante el escaso público se alzó y Guaño agachó la cabeza al ver que el balón dio dos vueltas en el aro y se envolvió en la red.

Tronaron también los cohetones frente al curato, recordaría la gente. Cisneros y su equipo festejaban con un apretón de manos. En el cielo, los cohetones detonaban luces que apenas podían distinguirse de la tarde.

Y cuando las dos únicas luces de las viejas lámparas en la cancha se encendieron como si fuera un acto planeado, Guaño levantó la vista hacia el estrado y vio que el muchacho junto a su mujer sacó pistola. Quiso gritarle que corriera, pero le ganaron las balas.

Uno de los Martínez le llegó a Cisneros por la espalda disparando una nueve. Al verlo caer, el muchacho entró a la cancha de juego y le metió cuatro tiros de 38 super.

Todos los equipos reunidos corrieron hacia la iglesia y a la comisaría. En la casa del mayordomo las mujeres corrieron a buscar a sus hijos frente al curato.

El hombre que disparó primero fue Rufino Martínez, a según los testigos. Y en corto, Tomás Martínez entró a terminar el juego.

8

Antes de rematarlo, Tomás Martínez disparó un balazo al aire y dos hacia las gradas para que los mirones que se escondían detrás de las bancas corrieran, según contó el muchacho que llevaba los registros del juego.

Lo último que Cisneros vio fue la cara de Tomás Martínez segundos antes de que le vaciara el cargador de su 45.

La mujer de Guaño quedó tendida sobre la banca de madera y su sangre quedaría impregnada no solo en la tierra en que goteaba, sino en la memoria de todos los que ese día la vieron llegar a la cancha vestida con un huipil que le hacía resaltar los primeros meses de embarazo.

Se conocían de niños, pero no hacía mucho tiempo que se habían comprometido. Guaño había estado diez años fuera de Xochitlán, y había vuelto para casarse en su pueblo y quedarse con su gente. Diez años trabajando como maestro bilingüe al otro lado de la Sierra del sur, donde Dios solo mandaba a los guachos para quemar la hierba que sembraban esa gente.

Cuando sonaron los últimos balazos dos hombres bajaron corriendo desde la iglesia hasta la cancha con rifle en mano.

—¡Qué es de los policías! —gritaba Guaño Castillo con su mujer en brazos.

Tomás Martínez cambió el cargador de su pistola y aseguró a Cisneros con dos balazos en la cabeza. De no haberlos descargado allí, esos dos tiros extra más tarde le habrían salvado la vida y habrían hecho recular a los hombres que lo perseguían. Se la habrían pensado más antes de alcanzarlo.

También le tocó morir a un hombre que por dárseles de valiente quiso hacerles frente a los matones. Su nombre era Antonio Guzmán y le decían El Gato. Tenía fama de robavacas y se le consideraba un bandido ante los ojos de los foráneos, aunque nunca había robado en su propio pueblo, a decir de los testigos.

Al ver que remataban a Cisneros, El Gato accionó su .380 contra Tomás Martínez, pero estaba fuera de cancha y solo lo hirió del brazo. En corto, Cándido y Rufino le metieron seis balazos de nueve y de super 38.

“Después de todo no era tan gato”, pensaron los tres Martínez cuando reconocieron al hombre que quiso enfrentarlos.

Huyeron por la barranca escondiéndose entre las piedras, desde ahí se replegaban para contestar los balazos.

Toda la gente gritaba: “¿Dónde están esos policías comunitarios?, ¿qué no piensan hacer nada?”.

Los únicos que les daban guerra eran dos hombres que habían venido a cuidar al cura del pueblo, porque a este le gustaba ir a las peleas de gallos. Fama que no le importaba, pues era bien sabido que hasta tenía hijos regados por donde quiera.

Los pistoleros del cura tiraban desde la cancha con rifles Winchester M1. Sonaban balazos de nueve, de Super y de .45 detrás de las piedras. Donde alguna vez hubo agua, solo quedaban charcos de un arroyo convertido en barranca.

No era fácil huir ante el asedio de los pistoleros del santo párroco.

Tomás Martínez, herido de un brazo, gritaba: “¡Hay que salir de la barranca, vamos a separarnos!”.

11

El día antes de ir a matar a Cisneros, Tomás Martínez estaba bebiendo con Agustín Hernández en una cantina de Cuanác. Hernández le contaba que, después de muchos años, la viuda de Manuel Escobar estaba buscando vengar a su marido.

—Paga cien pesos en dinero y una pistola Beretta que perteneció al difunto.

—Si me pagan, yo lo mato —dijo Martínez.

La viuda era de Cuanác. Vivía sola desde que su única hija se fue del pueblo porque agarró marido de otro lugar. Habían pasado los años y la viuda de Escobar aparentaba una vida de calma. Y a pesar de que cuando su marido fue asesinado ella aún era joven, ninguno en el pueblo la pretendió ni le faltaron nunca el respeto. Todos esos años de viudez los dedicó, junto con su hija, a la crianza y venta de totoles para las fiestas de compromiso. Hasta que la chamaca se enamoró de un albañil y se juyó.

¡Qué mujer tan desgraciada!

Pudiendo seguir con esa vida de calma decidió que la venganza era el último deseo de su vida.

“Si me pagan, yo lo mato”, reiteró Tomás y se empinó la botella de aguardiente. Él y sus hermanos tenían fama de muchachos atrabancados, pero no pasaban de buscapleitos.

Esa tarde, aún medio borracho, Tomás habló con sus hermanos y les planteó la oferta:

—¡Cien pesos en dinero! Y con eso nos vamos a la feria de San Luis a los gallos. Cien pesos y una pistola. Si quieren yo me quedo con el fierro y diez pesos del dinero.

El único que no estaba totalmente convencido era Cándido, el menor de los tres hermanos. Esa tarde, después de aceptar el trato, Cándido tuvo el impulso de caminar hacia la casa de su padre. Encontró la puerta abierta y se detuvo al ver a su tata deshojando una mazorca con la ajuga de metal. Desde afuera vio a su tata sentado en una silla de palma, echando el totomostle en un petate y la mazorca en la tina donde iba desgranando el maíz.

Tiempo atrás, cuando él y sus hermanos eran solo niños, ayudaban a su padre a pisar la milpa mientras que su madre juntaba la lumbre para recalentar las tortillas. Juntaban la mazorca en medio del campo para después acarrearla con burros. Iban doblando la cañuela para después venderla a los que tenían vacas. Las calabazas se cosechaban al final.

Ahora su tata era viejo y deshojaba sólo encorvado casi a ciegas porque la mujer con la que ahora vivía no le gustaba que dejara la luz prendida mucho tiempo, y tenía que encender una linterna de aceite.

¿Dónde estaban sus hijos?

Picaba y deshojaba poniendo la mazorca en el petate, igual que antes. Igual que cuando lo ayudaban su mujer y sus hijos.

Con un olote desgranaba la mazorca dejando caer el maíz sobre el que se iba juntando en la tina, como si en eso no hubieran pasado los años.

Quizá Cándido todavía viviera si esa noche le hubiese hablado a su padre para pedirle consejo. Pero desde que su madre había muerto, y su señor padre se había juntado con otra mujer, los tres hermanos decidieron vivir por su cuenta.

¡Pobre viejo!

Qué hijos tan ingratos le dio la vida.

Esa misma noche, Cándido soñó que era un niño jugando a las escondidas con sus hermanos. Se escondió en la troja de mazorca y los gorgojos le empezaron a subir por los pies. Cuando Tomás lo encontró estaba llorando porque no aguantaba la comezón del aguate.

“¡Deja de llorar!”, le gritó Tomás. “¡Tenemos que encontrar a Rufino!”.

Rufino era el tercero y el más grande. Acataba órdenes de Tomás siempre que este le prometiera dinero o tragos.

A pesar de la mala fama que tenían los tres hermanos, en el pueblo los veían con lástima y no con rencor, como después los recordarían algunos.

Lo más grave que habían hecho antes de que se les metiera el diablo fue la vez que Rufino arrastró a una muchacha en la feria del pueblo porque no quiso bailar con él. Sin embargo, a contar de los cuaneños, fue el mismo Tomás quien paró a su hermano de un golpe.

—¡Hay que salir de la barranca! —gritaba Tomás Martínez.

Y según cuenta la gente, ya estaba anocheciendo.

Pronto la luna salió iluminando las piedras de la barranca.

Se oían cada vez menos disparos de 9 mm, de acuerdo con la versión los testigos.

Tomás Martínez aún tiraba con su cuarenta y cinco.

Los pistoleros del cura fueron secundados por los policías del pueblo, que en ese momento llegaban de traer una banda de viento para tocarle las mañanitas al Santo.

Los comunitarios rodearon la barranca acorralando a los matones. Tomás se fue por la izquierda, queriendo esconderse entre las casas de jaulilla donde gruñían los marranos. Hacía poco que Rufino Martínez había cesado de disparar su nueve milímetros automática. El hombre quedó tendido tras una piedra, alcanzado por dos balas de M1 que los guaruras del cura le acertaron en el pecho. Por su parte, Cándido seguía haciendo frente desde el pie de un mesquite seco en la orilla de la barranca, tratando de sacar ventaja y que su hermano tuviera chanza de fugarse.

“¡Pobre muchacho! Apenas tenía edad para decir que era hombre y no un niño al que mataron esa noche”, dijo la mujer del mayordomo.

Las balas de escopeta lo bañaron como una lluvia privándolo al instante entre las raíces del mesquite seco. Quedó embrocado sobre una piedra con la pistola atascada. Cuando lo fueron a levantar, encontraron en la bolsa de su camisa una fotografía de su señora madre.

Solo quedaba Tomás Martínez, que había dejado de disparar tratando de esconderse entre los marranos. Allí lo alcanzó Marcial, uno de los comunitarios, quien

no hubiera vivido para contar su versión de la historia si Martínez no se hubiera quedado sin balas.

Tomás vio la luz de la linterna alumbrando a las gallinas y avanzando hacia los marranos. Como no podía distinguir a su enemigo, apuntó hacia la luz y jaló del gatillo. El balazo atravesó las paredes de jaulilla y Marcial sintió que el pecho se le hizo pedacitos.

“Pensé que me había llegado el día”, contaría más tarde al calor de unos mezcales frente a la iglesia.

Se acobardó, y casi reclusa de no ser porque también escuchó el martillo de la cuarenta y cinco que se había quedado sin balas.

“¡Malaya la chingada!”, pensó Tomás Martínez.

Allí fue cuando Marcial le metió un balazo de dieciséis, llevándose de paso a las gallinas que dormían junto a los marranos.

13

Toda la gente estaba enojada porque esos hombres vinieron a amargar la fiesta de San Francisco de Asís en Xochitlán.

La mañana siguiente a la tragedia, mientras los músicos de fuera cantaban las mañanitas al Santo y algunas mujeres entonaban cantos en la iglesia, tres familias velaban a sus muertos.

Los equipos de básquet que se habían reunido ese día comenzaron a irse luego, luego. Jamás volvió a verse que en la fiesta de Xochitlán tantos equipos se dieran cita.

El único que no tenía por qué ser parte de esa demala era Guaño Castillo, quien enterró a su mujer acompañado nada más de sus suegros.

Por su parte, el comisario y sus policías tendieron en la cancha pública los cuerpos de tres hombres vecinos de Cuanác que habían venido a matar a un hombre por un motivo que supieron después, cuando Agustín Hernández anduvo borracho diciendo que había escuchado a Tomás Martínez decir que la viuda de Manuel Escobar le había pagado para vengar la muerte de su marido.

“¡Qué mujer tan desgraciada!”, dijo Minerva, la madre de Cisneros, cuando le fueron a decir que a su hijo lo habían matado por vengar a su padre.

Esto lo supo Guaño y fue la mecha que encendió la pólvora para que él también se enchandara yendo a buscar venganza.

Los tres Martínez fueron enterrados en el panteón de Xochitlán porque su padre no quiso reclamarlos. Y, aunque la gente no estuvo de acuerdo, el comisariado dio instrucciones de que los enterraran en la orilla, donde no estorbaran.

14

“Malaya la hora en que Dios me castigó con hijos tan desgraciados”, balbuceó el padre de los Martínez cuando, un año más tarde, Guaño Castillo le metiera un plomazo en el pecho.

Obras citadas

Arguedas, José María. *La muerte de los Arango*.

Andersen, Sherwood. *Winesburg, Ohio*.

Baricco, Alessandro. *Seda*.

Escorza, Manuel. *Redoble por Rancas*.

Faulkner, William. *The sound and the fury*.

García Márquez, Gabriel. *Crónicas de una muerte anunciada*.

Hemingway, Ernest. "La breve vida feliz de Francis Macomber".

João Guimarães Rosa. *Los hermanos Dagobé*.

Rulfo, Juan. *El llano en llamas*.

Vita

Yoshimar Gerardo Maceda. Agosto 2, 1991. Nació en Ometepec, Gro. México.

Es Licenciado en Historia, egresado de la Universidad Autónoma de Guerrero (México). Ha publicado poesía en la revista *Periódico de Poesía* Editado por la Universidad Nacional Autónoma de México (2013). Y una muestra de su poemario inédito “Ave Nocturna” aparece en la revista mexicana *Círculo de Poesía* Ed. Puebla, Pue. México. En 2018 publicó los poemas “No hay descanso en el mar” y “Contemplación de la violencia” en la Revista “ESFORA” Editado por la Universidad de las Américas, Facultad de Artes. Cholula Puebla.

Actualmente vive en El Paso, TX, y es candidato del Programa Residencial MFA in Creative Writing de UTEP.

yoshimarmaceda@gmail.com